

**BRU
GUE
RA**

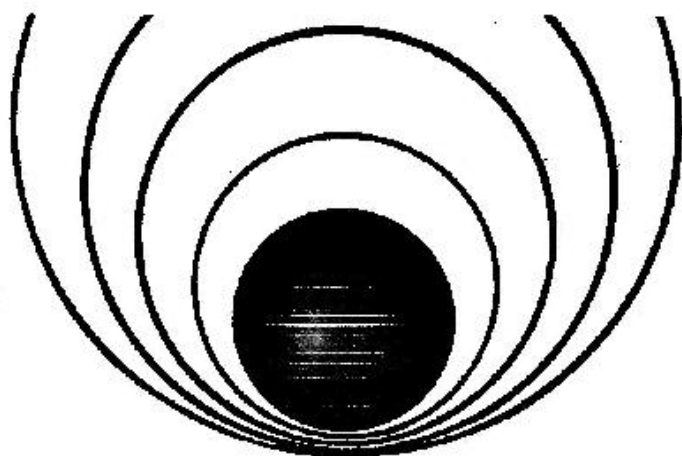
BOLSILIBROS

T POLICIAO

TORRENTES DE FRESCO CHAMPAÑA

Lou Carrigan





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección LA HUELLA:
140 — Tempestad en un vaso de agua.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
651 — La ley de Lix.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:
265 — Sekkreten polizeiken.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
581 — Venganza apache.
- En Colección PUNTO ROJO:
1.109 — Muertes a subasta.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.728 — Morgan tiene un problema.
- En Colección KANSAS:
1.315 — Coyotes sin madriguera.
- En Colección CALIFORNIA:
1.342 — Morir y dejar morir.
- En Colección COLORADO:
1.339 — Tus monedas, Judas.

LOU CARRIGAN

TORRENTES DE FRESCO CHAMPAÑA

Colección PUNTO ROJO n.º 1.117
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B. 26.257-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en España: septiembre, 1983
1.ª edición en América: marzo, 1984

© Lou Carrigan - 1983
texto

© García - 1983
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o ac-
tuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

INVITACIÓN A LA FIESTA

Había un montón de muchachas desnudas ante los ojos, de Archie Dinky (Bonito) Rogers y Gus Ugly (Feo) Skinner, y ninguno de los dos se había decidido todavía respecto a la que tendría el inmerecido honor de pasarlo bien.

Es decir, se habían decidido ya por dos de ellas, y eso no les había costado ni tiempo ni esfuerzo. Archie había elegido una rubia y Gus una morena, dispuesta a gozar de la vida hasta morir, y un aspecto general sano y simpático.

Hasta aquí, bien. Ningún problema.

El problema estaba en la tercera chica.

Gus decía que la adecuada era la pelirroja, y Archie se había empeñado en que la elegida fuese aquella trigüeña de ojos oscuros como la noche del desierto (esto son palabras de Archie, ¿de acuerdo?). Para ser sinceros, lo mismo habría dado una que otra, porque si la pelirroja estaba que tiraba de espaldas, la trigüeña podía matar de amor incluso a un eunuco. En definitiva, era una simple cuestión de gustos: pelirroja o trigüeña.

—Pero escucha, cara de culo —refunfuñó Gus—, ¿tú has visto bien los pechos que tiene esta pelirroja?

—¿Y tú has visto la preciosidad de culo que tiene la trigüeña?

—¡No seas ordinario! ¡Se dice zona trasera!

—Si nos vamos a poner finos también puedo darte lecciones de eso. En lugar de la zona trasera, que es una vulgaridad, se dice la popa.

—¡Ya salió el marinerito de agua dulce! ¿Es que nunca vas a olvidar que en tus tiempos fuiste grumete?

Archie pareció retorcer la mirada como queriendo barrenar con ella la frente de Gus. Este tenía el cabello corto, cortísimo, al estilo cepillo, como suele decirse, su rostro era feo, tenía cicatrices en las cejas, la narizotarota, las orejas retorcidas... Era feo. Pero era el tipo más

simpático del mundo, tenía el corazón más grande que un piano en cuanto se trataba de complacer y beneficiar a sus amigos, y cuando se le conocía a fondo hasta parecía guapo. Además de esto, medía metro noventa y pesaba ciento veinte kilos repartidos sobre una impresionante musculatura de ex boxeador «que había estado próximo a conseguir el campeonato mundial de los grandes pesos».

Casi nada.

En cuanto a Archie, había sido marino, golfo y sinvergüenza como nadie, llevaba una barba de aspecto casi siniestro, y su aspecto no podía ser más inquietante. Medía también metro noventa, y tenía una fuerza de auténtica bestia, aunque su cuerpo, grueso y algo barrigón, carecía de la belleza atlética que todavía conservaba el de Gus. Así como Gus era simpático, Archie tenía una mala leche acojonante, hablando claro. Pese a lo cual eran excelentes amigos, aunque tratasen de disimularlo.

En común sólo tenían dos cosas: a) se dejarían cortar en rodajas y a lo vivo por Jerome Callaghan, y b) cualquiera de los dos, con una bofetada podía incluso partir en dos un portaaviones.

¿Qué quién es Jerome Callaghan? Quizá alguno de ustedes lo recuerde, igual que a su par de amigos: el guapo, simpático, amable, inteligente, cariñoso y ligón Jerome Callaghan. Criminólogo, periodista y detective privado. Residencia: 100, 31 th Street, Miami Beach, en una quinta espléndida con jardín, piscina y gimnasio. Cuatro automóviles, una lancha, un yate y una cantidad interminable de amigos en todas partes, que movilizaba cuando era necesario personalmente, pero casi siempre recurriendo a Gus o Archie, que conocían los llamados bajos fondos de Miami mejor que sus bolsillos. En tierra firme Gus conocía incluso a las ratas, y en la costa Archie se relacionaba incluso con los tiburones...

—¿Quién fue grumete? ¿Quién fue grumete? —barritó Archie Dinky Rogers.

—¡Tú fuiste un maldito grum...! ¡Ay, perdón! —se llevó Gus Ugly Skinner a la boca su mano que parecía una cazuela—. ¡No he querido decir grumete, perdona, Archie!

—Hombre, tampoco tiene tanta importancia.

—He querido decir que fuiste polizón y lameculos del capitán de un sardinero

—¡Te voy a partir la cara!

—¡Calla, melón marino! ¡Tú qué vas a partir nada! —¿Quieres verlo? ¿Eh? ¿Quieres verlo?

—¡Atrévete, tiburón de bañera! ¡Atrévete!

—¡Pues me atrevo, escoria del ring!

¡Pom!, sonó en el gimnasio el puñetazo que Archie atizó a Gus en el estómago, pareció totalmente un redoble de tambor, fue algo

escalofriante, un puñetazo que habría matado a una vaca o un toro. Gus ni siquiera parpadeó, apenas se movió. Pero en sus simpáticos ojillos de ratoncillo inteligente y astuto relumbró la furia de la pelea.

—Malditas sean tus aletas... ¡Ahora vas a ver!

¡Pom!, resonó el zambombazo capaz de derribar una pared en el estómago de Archie, que no se inmutó.

—Gorila de las doce cuerdas-masculló—, ¡atrévete a darme otro golpe como ése y te vas a enterar!

—¡Y tú a ver si te compras unas gafas, jeta de calamar! ¡Decías que me ibas a partir la cara y me has dado en el abdomen!

—¿De verdad quieres que te parta la cara? ¿Eh, eh, eh? ¿Quieres que te parta la cara?

—¡Yo te voy a partir la cara a ti, por imitarme! ¡Aquí soy yo el que siempre dice ¿eh, eh, eh?! ¡Te enteras!, ¿eh?

—¿Eh, eh, eh?

—¡Vete al huevo, piojoso!

—¿Piojoso yo? ¡Ahora vas a ver...!

El puño de Gis, enorme, aterrador, nudoso, escalofriante, se alzó amenazador..., y en ese momento Jerome Callaghan entró en el gimnasio, buscó con la mirada, los vio a ambos sentados en el centro del ring, y fue para allá, elegante, atlético, terrible. Llevaba un albornoz listado en negro y amarillo, zapatillas de toalla del mismo estilo, y estaba bronceado a tope. Su revuelta cabellera le confería un aspecto entre simpático e ingenuo capaz de engañar a cualquiera. A cualquiera que fuese tonto, claro, porque de ingenuo el señor Callaghan no tenía nada.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí? —preguntó, subiendo ágilmente al cuadrilátero donde se entrenaban los tres ocasionalmente—. ¡Toda la casa descuidada y vosotros aquí escondidos!

—No estamos escondidos, señor Jerome —dijo Gus—, le estábamos buscando la suya.

—La mía... ¿qué?

—Su chica para esta noche, patrón —dijo Archie—. ¿Cómo la prefiere: pelirroja o trigueña? ¡La trigueña está de muerte!

—¡Señor Jerome, la pelirroja es de una cachondez...! —aulló Gus.

Jerome miró la colección de fotografías de chicas desnudas extendida sobre la lona alrededor de Archie y Gus, y torció el gesto.

—¿No sabéis pensar en otra cosa? ¿Siempre tenéis que estar pensando en el sexo?

—Este es tan bruto —dijo Gus señalando a Archie— que no sólo piensa sólo en el sexo, sino que sólo piensa con el sexo: es un culo con pirulí, señor Jerome.

—¡Que te mato a guantazos, Gus! —bramó Archie.

Jerome se echó a reír, se sentó frente a sus queridos amigos y,

encima del montón de fotos de despampanantes chicas desnudas, mostró el tarjetón que sostenía en una mano.

—Tranquilos, nenes —dijo todavía riendo—, ya basta de peleas. Y basta de chicas, ¿de acuerdo?

—¿Sabe usted de algo mejor que las chicas, patrón? —gruñó Archie.

—La cuestión no es ésa. La cuestión es que cuando yo quiero una chica no tengo que pedirle a vuestro depravado amigote su catálogo de call girls: me la busco yo solito, y sin pagar

—Porque usted es guapo y simpático —dijo Gus—, ¡así cualquiera!

—Vosotros no sois guapos, pero sois simpáticos, listos, divertidos, y tenéis a vuestra disposición dinero, coches, una lancha, un yate y lo que sea necesario. Así que dejaos de contratar chicas de fotos.

—¿Y qué hacemos cuando queramos echar un polvo, patrón?

—¡Un polvo! —exclamó Gus—. ¿Ves cómo eres un raquítico? ¡Yo cuando me pongo por lo menos echo media docena!

—¿En cuántos años? —preguntó Archie perversamente.

—¡En una sesión de tarde!

—En una sesión de tarde... de siesta, será. O sea, soñando. ¡Tú qué vas a echar seis polvos en una tarde, cara de guante pisado!

—¡Y si me da la gana, la docena completa!

—¡Pues yo dos docenas!

—¿Qué? —adelantó Gus con gesto impertinente una oreja retorcida hacia Archie—. ¿Cuántos polvos has dicho?

—¡Dos docenas!

—¿En una tarde?

—¡En una tarde, sí, señor!

—Zambomba, señor Jerome —se rascó la corta pelambrera Gus—. ¡Tenemos ante nosotros el gran negocio! ¡Podríamos llevar a este gorila de mar al circón, y anunciarlo como el Hombre Polvo!: «¡Pasen, señores, pasen a ver al bestia número uno del mundo echando veintitantos polvos...!»

Jerome, que estaba riendo, hizo, gestos suplicantes para que ambos se callaran, pero no lo consiguió. Archie mostraba en alto la foto de la rubia que había elegido para él, y decía:

—¿Ves a esta rubia? ¡Pues esta tarde, en el yate, me verás en acción con ella! ¡Y tú ve contando los polvos!

—¡Sí, hombre! —le hizo Gus un corte de mangas y alzando acto seguido la foto de la morena—. ¡Con una morena como ésta en mis brazos y me voy a pasar la tarde viendo lo que haces tú con una estropajosa rubia!

—¡Tu abuela sí que era estropajosa! ¡Mamón!

—¡Maldita sea! —exclamó Jerome, riendo—. ¡Ya basta, nenes! ¡Haced el favor de escucharme!

—¿Ves, cara de culo? —dijo Gus—. ¡Has hecho enfadar al señor

Jerome!

—¡Tú has hecho enfadar al patrón, no yo!

—Señor Jerome-le miró suplicante Gus—, ¿de verdad que no quiere un par de chicas para esta tarde?

—De verdad —aseguró Jerome—. Y francamente no me gusta nada que vosotros paguéis a unas chicas.

—Pero si no es eso, patrón —rechazó Archie—. Es que el pichorreta ése... ¿Cómo se dice, Gus?

—Proxeneta —dijo muy serio Gus-¡Proxeneta, no pichorreta, melón!

Jerome se lanzó a reír de nuevo, mientras Archie explicaba:

—Pues eso, el pedorreta...

—¡Proxeneta! —aulló Gus.

—Que sí. Por cien mil tiburones, el proxeneta ese, el tal Welby amigo de Gus... ¿Lo recuerda?

—No —pudo jadear Jerome, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡No lo recuerdo!

—Sí, hombre, señor Jerome —dijo cándidamente Gus, con cara de niño bueno y bien educado—. Welby es aquel tipo al que usted agarró una vez por las orejas en plena Collins Avenue y le dijo que si no dejaba de comerciar en su negocio de puterío con chicas menores de edad le iba usted a cortar el tirabuzón, ¿recuerda ahora?

—Ya basta —suplicó Jerome—. ¡Ya basta!

—Verá lo que pasó, patrón —dijo Archie—: el otro día íbamos Gus y yo dando un paseo cuándo de repente, ¡zas!, aparece ante nosotros ese pedopicho...

—Proxeneta-recordó Gus.

—Eso. Bueno, pues apareció el tipo, y nos dijo que le caíamos muy bien, y que éramos tan simpáticos y tal...

—¡Atiza! —se sorprendió Jerome—. ¿De veras?

—De veras, patrón. ¿Verdad, Gus?

—Sí, sí. Yo creía que hasta iba a besarnos, palabra. Pero nada de eso. Lo que hizo fue ofrecernos su catálogo de chicas, y dijo... ¡Cáigase de culo, patrón! ¿A que no adivina lo que nos dijo?

—No te apuestes nada —advirtió Gus—, que el señor Jerome es capaz de eso y de más.

—Pero no creo que adivine qué nos dijo el pirroteta...

—¡Proxeneta, cono! —aulló Gus—. ¡Y ya no te lo corrijo más!

—¿Qué dijo Welby? —consiguió preguntar Jerome.

—Pues nos dijo que teníamos que hacerle un favor, que si no, sus chicas le iban a matar, que estaba en un tremendo apuro... ¡Patrón, le juro que nos dio pena! ¿Verdad, tú?

—¡Huy! —puso los ojos en blanco Gus—. ¡Yo casi me eché a llorar!

—Por todos los demonios —se impacientó Jerome—: ¿qué dijo él?

—Dijo que todas sus chicas estaban enamoradas de nosotros, y que

teníamos que hacerle el favor de hacer felices a todas, que ellas se lo habían pedido y lo enviaban como intermediario con sus mejores fotos, para que nosotros fuésemos eligiéndolas por turnos. Y eso estamos haciendo, patrón.

La barbilla de Jerome casi tocaba la lona, tal era la abertura de su boca debido al colosal pasmó.

—¿Estáis hablando en serio? —farfulló por fin.

—Lo juramos por su amistad, señor Jerome —dijo Gus.

—¡Atiza! Pero, de todos modos, ¿cómo se os ocurrió que yo iba a dedicar a complacer a yo me iba a dedicar a complacer a unas cuantas chicas de ésas?

—Bueno, es que...

—Verá usted...

—O sea...

—No es que usted no... O sea...

Jerome, que iba mirando de uno a otro, suspiró con resignación, y preguntó, muy tranquilo:

—¿Cuál es el problema?

—Pues que a usted no lo han solicitado, patrón. Pero como es amigo nuestro, nosotros tenemos el gusto de invitarle a la fiesta. Mire, mire qué trigueña, patrón...

—La pelirroja, la pelirroja, señor Jerome —dijo Gus—: ¡tiene seis polvos de muerte!

—La madre que os parió a los dos —gruñó Jerome—: ¿me estáis diciendo que yo no he triunfado con ese grupo de chicas, que vosotros sois algo así como sus admirados ídolos sexy..., y que me invitáis a divertirme con ellas gracias a que son amigas vuestras?

—Hombre, patrón, no se lo tome así...

—Ya sabemos que usted es más guapo —sonrió Gus de orejota a orejota—, pero ¿qué quiere? ¡Ya se sabe que las mujeres son tontas! ¿Verdad, tú?

—Verdad —asintió Archie.

—Nada de eso —negó Jerome—: de tontas, nada. ¡Y menos ésas! ¡Todo lo contrario, saben elegir! ¡No han tenido mal gusto, desde luego!

—Hombre, señor Jerome, que nos vamos a sonrojar.

—Entonces, ¿acepta usted, patrón? ¡Se me ocurre una idea! ¿Por qué no le obsequiamos al patrón las dos, la pelirroja y la trigueña, y que se dé un hartón de... de compañía?

—Zambomba —se maravilló Gus—. ¿Cómo es posible que en ese coco marino de cabellera de algas haya podido germinar tan luminosa idea? ¡Seguro que si escarbo entre tus algas encuentro una colonia de percebes!

—¡Gus, que te parto el morro!

—Eso, luego. Ahora a ver qué dice el señor Jerome. ¿Qué? ¿Viene con nosotros al yate a darle gusto al cuerpo?

—Anímese, patrón. ¡Son unas chicas simpáticas de verdad! ¡Y fíjese qué melonar tienen!

—Os lo agradezco mucho —rezongó Jerome—, pero resulta que yo ya tengo un compromiso para esta tarde.

—¡Aaaaah! ¿Está relacionado con esa tarjeta?

—Claro. Es una invitación.

—No me sorprende nada —movió la cabeza Archie—. ¡A usted siempre le está invitando todo el mundo! ¿Quién le ha invitado esta vez, patrón?

—Un tal Melvin Selincourt —dijo Jerome, tras mirar la tarjeta.

—¿Selincourt? No lo recuerdo entre sus amigos —reflexionó Gus—. ¿Quién es, dónde vive?

—Vive en el 866 de Ocean Drive, según pone en la tarjeta, pero no tengo ni idea de quién es —explicó Jerome.

—¡Cómo que no! —exclamó Gus.

—¿Quiere decir que no conoce usted, patrón, a ese Selincourt?

—No le conozco en absoluto.

—Pero entonces, ¿por qué le ha invitado?

—Ni idea.

Gus y Archie estaban realmente asombrados. Era cierto que Jerome Callaghan, el famosísimo periodista criminólogo autor de la superleída columna titulada «Aquí, Callaghan...» recibía muchas invitaciones, y precisamente, por lo general, de personas conocidas y amigas suyas, y casi nunca aceptaba, pues detestaba exhibirse. En cambio, en esta ocasión, recibía una invitación de un desconocido y decía que iba a aceptar. Chocante.

—¿Va usted a ir a esa fiesta, señor Jerome? —quiso asegurarse Gus.

—Hombre, qué remedio —gruñó Jerome—. ¡A ver si voy a soportar la humillación de que dos feos como vosotros me tengan que proporcionar las chicas! ¡Al huevo los dos, par de monstruos!

Y saltó del ring y salió del gimnasio realmente cabreadísimo.

A fin de cuentas, él ya tenía su propia fiesta aquella noche.

Y pese a lo desconfiado que era, precisamente aquella vez al señor Callaghan no se le ocurrió pensar qué hay fiestas... y fiestas. Aunque eso sí: mosqueado lo estaba bastante.

CAPÍTULO II

FINAL DE FIESTA POR ASESINATO

El 866 de Ocean Drive era, como podía esperarse, una villa formidable, ubicada frente a Lummus Park y a tiro de piedra de la amplísima playa de Ocean Beach. Un poco más abajo, ya en la punta de la península de Miami Beach, estaba el famoso Miami Beach Kennerl Club, un canódromo de altura.

Pero todo esto se lo sabía de memoria Jerome, así que toda su atención estaba centrada en aquel momento en la villa de la cual procedía la invitación que le había llegado aquella mañana por correo especial.

“MELVIN A. SELINCOURT tiene el gusto de invitar a Sr. Callaghan a la fiesta de inauguración de su nueva residencia, sita en 866, Ocean Drive, Miami Beach. Miami Beach, 8 junio 83 (rigurosa etiqueta) “

La tarjeta había sido impresa bellamente en papel de la más alta calidad, dejando en blanco el lugar para el destinatario de la invitación, que había sido rellenado a máquina.

Y muy bien, allá estaba el señor Callaghan, frente a la fastuosa residencia que el señor Selincourt se disponía a inaugurar. Sentado al volante de su coche, el último modelo Thunderbird (Jerome era fiel incluso en la compra de coches, siempre la misma marca), el criminólogo-periodista-detective privado contemplaba la entrada, abierta de par en par, de la villa. Esta se entreveía al fondo como un ascua de luz. También el sendero estaba iluminado profusamente, y, junto a las abiertas verjas, se veían dos criados de librea que hicieron sonreír a Jerome.

Se metió en la villa, pasando junto a los dos criados, y recorrió despaciosamente el sendero hacia la casa. Frente a ésta estaba la gran explanada ajardinada, que había sido concebida también para estacionamiento de vehículos en noches como aquélla. Y Jerome ni siquiera tuvo que molestarse en buscar sitio para su coche, porque un criado apareció y se inclinó hacia la ventanilla.

—¿Me permite su coche, señor? Con gusto se lo estacionaré.

Jerome se apeó, dio las gracias y se dirigió a pie hacia la casa,

guapo, impecable y simpático con su esmoquin blanco sin ojal para flores. En la escalinata de la casa había más criados, y un grupito de invitados que, evidentemente, habían precedido a Jerome por cuestión de segundos. La casa era un derroche de luz, que se extendía a la parte izquierda, donde una amplísima terraza acogía gente que parecía más joven y cuyas risas tempranas destacaban por encima de la música que brotaba de la casa.

«Gente joven —pensó Jerome—. Espero que no alboroten demasiado. Uno ya no está para muchos trotes.»

Subió la escalinata, alcanzó la entrada al lujoso vestíbulo de la casa, y un criado casi tan alto como Gus y Archie, pero delgado como un fideo fabricado con poca harina, apareció ante el periodista.

—¿Me permite su invitación, señor? —pidió, con un tono que era más bien exigencia.

Jerome lo miró con curiosidad. El sujeto era flaco de verdad, tenía cara de silbido y unos ojos grandes y como tristes que le recordaron los de un koala o un osito viejo. Parecía estar apenado por vivir. A Jerome no le cayó mal, porque precisamente en el fondo de aquellos ojos, él supo distinguir un cierto nivel de calidad humana. Pero eso sí, el sujeto, de aspecto lujoso, era más serio y estirado que la varilla de un paraguas.

—Apuesto a que es usted el mayordomo por lo menos —sonrió Jerome.

—Soy el mayordomo, señor, en efecto. ¿Su invitación?

—Me parece que me la he dejado olvidada en el yate.

El mayordomo se dignó mirarlo directamente, con una chispa en los ojos que el periodista no supo definir.

—Si me dice dónde ancló su yate, señor, enviaré un criado a recoger la invitación.

—¿Cree que vale la pena? —alzó las cejas Jerome.

—Me pregunto, señor, si realmente ha sido usted invitado a la fiesta —dijo con engolamiento el sujeto de uniforme lujoso.

—¿Le parece que no encajo en ella? —sonrió Jerome—. ¿Tengo mal aspecto?

El otro le miró. Tal vez estaba conteniendo la sonrisa. Tal vez. Pero lo cierto era que no podía parecer más serio. Jerome le calculó unos cincuenta y cinco años, tenía buena facha, en general, con los cabellos grises, tan pulcro en todo, tan alto y pulido por todos lados.

—Su aspecto es inmejorable, señor —dijo el mayordomo—, pero si no le molesta quisiera ver su invitación. ¿Su yate...?

—Tranquilo, hombre —sacó su invitación Jerome—. Aquí la tiene.

El mayordomo tomó la cartulina con sus enguantadas manos, y la miró con atención. Parecía pensar que podía ser falsa, lo que tenía a Jerome entre divertido e intrigado. Estaba dispuesto a charlar con el

mayordomo el tiempo que fuese necesario, le encantaba relacionarse con la gente, y de modo especial con los que parecían de carácter difícil, para convencerlos más pronto o más tarde de que por la vida hay que ir con buen carácter o, por lo menos, con buena educación.

—Muchas gracias, señor —devolvió el mayordomo la invitación.

—¿Creía que era falsa? —sonrió Jerome.

—Por supuesto que no, señor. Es simplemente que yo ayudé a la señora a la confección de la lista, y no recordaba su hombre..., ni le había visto a usted jamás en relación con la familia.

—Entiendo. ¿Todo está en orden, sin embargo?

—Al parecer, sí, señor. Le ruego que me disculpe, pero...

—¿Qué ocurre, Al? —apareció una mujer junto a ambos.

Jerome la miró sonriente y escrutador. La había estado mirando de reojo mientras ella atendía ya dentro de la casa a los invitados que le habían precedido por pocos segundos, y comprendió que era la dueña de la casa. Y el dueño, claro, debía ser el sujeto majestuoso e impecable que, en el vestíbulo, conversaba todavía con los otros invitados mientras miraba con curiosidad mal contenida hacia Jerome.

—Nada en absoluto, señora —informó el mayordomo—. No recordaba al señor Callaghan, y me he permitido solicitarle su invitación.

—Aquí está —la mostró de nuevo Jerome, sonriente, pero fija su oscura mirada en los claros ojos de la dueña de la casa.

Esta miró la invitación, parpadeó, y miró de nuevo a Jerome. Sonrió simpáticamente. Era una auténtica dama, de tinos cuarenta años, muy bonita. Gus y Archie habrían dicho que revolcable. Jerome la definía de otro modo: era una mujer para una muy agradable velada.

—Sea bien venido, señor Callaghan —sonrió de pronto la mujer—. He entendido Callaghan, ¿verdad?

—Ha entendido bien. Jerome Constantine Callaghan.

—Encantada, señor Callaghan. Yo soy Lujie Selincourt. Espero que se divierta en nuestra fiesta.

—Me temo que no me divertiré demasiado, porque no conozco a nadie, señora Selincourt.

—¡Oh! Bueno, tendré mucho gusto en presentarle...

—Veamos, señora —alzó una mano Jerome—: usted no me invitó a la fiesta, ¿verdad? He entendido que usted confeccionó la lista de invitados, pero usted no me invitó a mí. ¿De acuerdo?

—Bueno, señor Callaghan, si usted tiene una invitación es obvio que ha sido invitado.

—Pero no por usted. ¿O sí me invitó, pero ahora no lo recuerda?

—Francamente, no creo haberle invitado —sonrió Julie Selincourt—. Y en cuanto a mi memoria, le aseguro que es buena. Pero eso no quiere decir que no haya sido usted invitado: pudo enviarle la

invitación mi hija, o algún otro miembro de la familia... Somos una familia bastante extensa, señor Callaghan.

—Me encantan las familias extensas. Dan una sensación de hogar y de grato vivir. Sin duda su familia es de esas, y por eso lamento tanto no conocerla, señora.

—¿Está usted sorprendido por haber sido invitado, entonces?

—Tanto como usted de verme aquí.

—Bien. Pues no sé qué decir. —Julie Selincourt, que miraba a Jerome con progresivo agrado y simpatía, se echó a reír de pronto—. En cualquier caso, creo que deberá quedarse, aunque sólo sea para desentrañar el misterio de la invitación. Porque claro está, alguien le envió la invitación.

—Le doy mi palabra de que no la he robado.

Julie se echó a reír, y tomó de un brazo a Jerome.

—Venga, le presentaré a mi marido —dijo, sin dejar de reír—. Y de paso, le confesaré que sí sé quién es usted. ¡La de veces que leo su columna!

—Es usted muy amable, señora.

—Y estoy encantada de conocerle. Bien, mientras esperamos a descifrar el enigma, vaya conociendo a la familia. Mi marido, el orgulloso anfitrión de la fiesta, Melvin Selincourt, querido, éste es el señor Callaghan... Jerome Callaghan.

—¡Ah! —relucieron los ojos de Selincourt—. ¿El famoso periodista criminólogo?

—Ese soy syo —sonrió Jerome, tendiendo la mano—. No le pregunto cómo está, porque su aspecto es magnífico, señor Selincourt. Gracias por invitarme.

Melvin Selincourt se quedó mirando fijamente a Jerome tras un parpadeo de desconcierto. Alto, lustroso, un poco calvo, aspecto de triunfador, impecable, unos cincuenta años, la presentación de Selincourt era magnífica.

—Temo que está usted confundido —murmuró el anfitrión—. Yo no le invité, señor Callaghan.

—No me sorprendería nada que esto fuera cosa de Sheila —dijo la señora Selincourt—. Sheila es mi hija. ¿La conoce usted, señor Callaghan?

—Me temo que no.

Selincourt, que miraba de uno a otra, preguntó:

—¿Se trata de alguna broma que no alcanzo a comprender, querida?

—Estoy segura de que luego nos reiremos todos —aseguró Julie—. Le ruego que nos disculpe, señor Callaghan, pues llegan más invitados. Por favor, tome una copa de champaña hasta que podamos seguir hablando.

—Eso me encanta —asintió el periodista—. Hasta luego, y reciban

mi enhorabuena por su nuevo hogar. Es espléndido.

Los Selincourt agradecieron las palabras de Jerome, y éste se adentró en la casa, directo hacia el salón.

Lo sabía.

Ni por un instante había dudado de que aquella invitación encerraba algo insólito. No sólo porque nunca había tenido relación alguna con los Selincourt, sino por su famoso palpito. Era como si los angelitos le soplasen al oído secretos futuros. Los pálpitos de Jerome Callaghan eran dignos de ser tenidos en cuenta.

En el amplísimo y lujosísimo salón, nadie le hizo el menor caso. Desde luego, algunas damas le miraron con interés oculto, pero eso fue todo. Al fondo estaba la orquesta trabajando. Chopin. Muy adecuado. A la derecha de la entrada estaba el bufet-bar servido por varios camareros, mientras algunos más circulaban por el salón con las bandejas repletas de copas y canapés.

La buena vida.

Lo mejor de lo mejor.

Selincourt, Selincourt, Selincourt... No, no había manera de que Jerome recordase haber tenido jamás ninguna clase de relación con nadie apellidado así. En fin, ya saltaría el conejo de entre las matas.

La súbita idea que tuvo Jerome no le gustó nada. ¿Y si se trataba de una trampa contra él? En sus actuaciones a favor de la ley Jerome había fastidiado a no pocos criminales de altos vuelos, la mayoría de los cuales estaban muertos o en prisión para el resto de su vida... Aunque esto era un decir. Quizá algunos tipos de aquéllos habían salido ya de la cárcel, o habían encargado a algunos amigos que se cargaran al «maldito entremetido de Callaghan» ...

No, no había en la fiesta ni un solo conocido de Jerome. Es más, no había prácticamente nadie que fuese más o menos conocido en Miami. Jerome sabía muy bien quién era quién en Miami y Miami Beach, aunque no se relacionase con todo el mundo. Y allí, en aquella fiesta, no parecía haber nadie que fuese alguien en Miami. El se entendía.

En el bufet tomó una copa de champaña, y con ella en la mano, salió a la terraza, donde un grupo de jóvenes reía cerca de la piscina. Malo: acabarían todos en el agua, eso era seguro.

Un camarero pasó por allí cargado con una bandeja, y Jerome le hizo una seña. El hombre se detuvo.

—¿Quiere indicarme quién es la señorita Selincourt, por favor?

—Perdone, señor, no hay ninguna señorita Selincourt. Tal vez ha querido usted decir «señora» Selincourt

—Si hubiera querido decir «señora» Selincourt —dijo amablemente el periodista— lo habría dicho. Es muy fácil.

—No hay ninguna señorita Selincourt.

—Pero la señora Selincourt tiene una hija, ¿no es así?

—Eso sí, señor. La señorita Sheila. Sheila Cameron.

—Entiendo, la señora Selincourt se ha casado con el señor Selincourt aportando al matrimonio, entre otras prendas, una hija. ¿Era viuda la señora Selincourt?

—Así es, señor. La señorita Sheila está allí... La del vestido azul.

—Gracias.

Jerome permaneció en el mismo sitio mientras el camarero se alejaba. La muchacha del vestido azul era preciosa. Rubia, alta, esbelta, pero de formas convincentes. Estaba riendo, y en su garganta la risa latía como una explosión de vida. Ojos azules, como el vestido. Deliciosa. Dieciocho o veinte años, no más. Elegante, distinguida... Para comérsela, habría dicho Archie. O Gus, pues los dos eran igual de brutos.

Copa en mano, Jerome se acercó al grupito ocasional en el que Sheila reía y gozaba de las ávidas miradas de los jóvenes. Al estar más cerca, Jerome reparó mejor en su escote, y en la forma y volumen de sus pechos. Fantástica criatura.

La mirada de Sheila se cruzó con la de Jerome, que se había detenido junto a una palmera. Jerome sonrió. La muchacha sonrió, y continuó charlando con sus jóvenes amigos... hasta que, como atraída por un imán, su mirada volvió a Jerome, que volvió a sonreír. Ella sonrió de nuevo. Jerome alzó su copa, sonrió y guiñó un ojo. Sheila rió, se disculpó con sus amigos y se acercó al periodista.

—Hola, ¿qué tal? —saludó—. Perdona, pero no te recuerdo.

—Soy Callaghan.

—Ah... Callaghan.

—Jerome Callaghan.

—Jerome... ¡Qué horror de nombre! Debía llamarte de otra manera cuando nos conocimos. Por cierto, perdona, chico, pero no recuerdo...

Jerome se echó a reír. Tenía treinta y seis años, y lo de chico le gustó y le hizo gracia.

—Eres muy amable, chica, pero no puedes recordarme porque nunca nos hemos conocido. Me temo que no frecuentamos los mismos ambientes. Digamos que yo estoy ya un poco pasadito de rosca.

—¡Qué va, qué va! ¡Pero si estás de lo más potable, hombre! Ven, te presentaré a los amigos que...

—Te lo agradezco, pero tengo intención de volver dentro. Digamos que me resigno a envejecer. Sólo quería darte las gracias por invitarme a la fiesta.

—¿Qué?

—¿No has sido tú, quien me ha enviado la invitación?

—Claro que no. Ni a ti ni a nadie. De eso se ha encargado mi madre. Oye, no entiendo nada de nada.

—Aparte de tu madre, ¿quién más pudo enviarme la invitación?

—Nadie más. Ella se encargó de todo. Bueno, ella y mi padre, naturalmente. Yo les dije que me dejaran traer unos cuantos amigos, y punto.

—Y punto —sonrió Jerome—. Me pregunto si bebes champaña.

—¿Y por qué no habría de beber champaña? —se asombró Sheila.

—¿Cuántos años tienes?

—¡Anda con lo que me sales! —se echó a reír la muchacha—. ¡Pero bueno, tengo veintiuno desde hace siete semanas! ¡Y no hace tiempo ni nada que ya bebo champaña, cariño! ¡Torrentes y torrentes de fresco champaña!

—Eso está bien —sonrió Jerome—. A mí me encantan las personas vitales, las que sienten su cuerpo vivo y lleno de alegría. Si tuviera diez años menos te ibas a enterar de cuánto me gustan esa clase de chicas.

—Vaya una memez —rechazó Sheila, riendo—. Gente con diez años menos que tú la tengo de sobras. Oye, ¿sabes que me estás gustando mucho? Eres guapo, pero no te lo crees, y encima eres simpático. ¿Cómo te va la vida, Jerome?

—De narices —asintió muy serio el periodista—: tengo buenos amigos y dinero, una buena casa, un trabajo que me gusta... Pedir más sería pecado.

—¿Y de chicas? —se echó a reír de nuevo la muchacha—. ¿Cómo andas de chicas?

—¡Uf!

—¡Uf!, ¿de mucho o de demasiado? ¡Porque no será de poco!

—¡Uf!, de demasiado.

—¡Pues ya tienes otra en el bote! ¿Cuándo nos vemos?

—Ya nos estamos viendo. Pero si alguna vez te aburres puedes llamarme por teléfono. Estoy en la guía, no tengo secretos.

—¡Me gustas, gigante! Anda, ven, te presentaré. ¿O prefieres aburrirte con los ancianos?

—No me gusta aburrirme con nadie. Pero bueno, si quieres presentarme, hazlo. Una cosa: si no te gusta Jerome puedes presentarme como Constantine. Es mi segundo nombre.

—Constantine —se asombró la bellísima y guapa Sheila—. ¡No estás hablando en serio!

—Me temo que sí.

—Qué horror, pobrecillo mío. ¿Qué te parece si te llamo Rocky?

—No sé a qué viene eso de Rocky, pero por mí está bien.

—Vamos allá, Rocky —rió Sheila, aferrando un brazo de Jerome y apretándolo contra su hermosísimo pecho—. Pero escucha bien esto: ¡soy celosísima!

—Lo tendré en cuenta.

Una hora más tarde, casi mareado de tanto reír y de beber torrentes y más torrentes de fresco champaña, Jerome encontró la salvación en una ignominiosa huida subrepticia hacia el salón, donde el ambiente también estaba animado, pero en otro tono. Se oían algunas risas, la orquesta tocaba, pero el sosiego era enorme en comparación con la terraza, donde, en efecto, los jóvenes estaban ya empujándose para tirarse a la piscina, y dos de las chicas habían aparecido en bikini... que muy pronto sería topless, Jerome se lo temía. En aquella hora había cosechado prestigio suficiente para disponer de números telefónicos de chicas jóvenes para toda la temporada, pero, ciertamente, aquella misma noche no era el momento.

En realidad, ¿de qué era el momento aquella noche?

La gente se divertía fuera y dentro de la casa. Magníficos jóvenes, hermosas damas, joyas, música, champaña, risas...

—Señor Callaghan —apareció ante él con expresión sorprendida Julie Selincourt—, ¿dónde ha estado usted? ¡Mi marido y yo creíamos que había optado por marcharse discretamente!

—Temo no haber sido tan discreto, lo siento —sonrió Jerome—. ¿Me permite invitarla a una copa?

—Desde luego. ¿Dónde ha estado metido?

—Al contrario: he estado fuera. Su hija, la señorita Cameron, es encantadora.

—Ah, de modo que ha conocido a Sheila. Claro. Sí, es hija de mi primer marido. ¿Le envió ella la invitación?

—No.

—¡Qué extraño es todo esto! Pero bueno, no es momento de cavilaciones. ¿Se divierte usted?

—A decir verdad más de lo que esperaba. Su copa... Creo que debería vigilar a Sheila: realmente le encanta el champaña a torrentes.

—Está un poco loca, como todos los jóvenes. Aunque veintiún años ya empiezan a ser años, ¿verdad?

—Tres años ya empiezan a ser años —rió Jerome—. Recuerdo perfectamente que yo empecé a sentirme viejo a los siete años.

—¡Cielos! ¿Y eso por qué?

—Jamás lo he comprendido. Y menos ahora, que a mis años me siento como un jovencito. ¿No es chocante?

—¡Mucho! —rió Julie—. ¡Pero no he entendido su edad!

—Murmururumur...

—¿Qué?

—Debería usted imitarme: cuando alguien le pregunte su edad, diga lo mismo que yo, eso de murmururmurmur o algo así que se le ocurra. También se puede decir gobodoboríñar, o cualquier simpleza por el

estilo. Hay quien dice Macchu Pichu, o cosas así. Perdone la pregunta, pero ¿su mayordomo me odia?

Julie Selincourt, que estaba riendo de buena gana, se quedó realmente atónita.

—¿Odiarle Al a usted? —pudo exclamar por fin—. ¿Por qué motivo?

—Bueno, entre otros mucho, en estos momentos ignotos, podría ser que estuviese enamorado de usted y que ahora tuviera celos y estuviera deseando estrangularme o algo así.

—En primer lugar, Al no mataría ni una mosca. En segundo lugar, no está enamorado de mí. Y en tercer lugar, si nadie le conoce en esta casa, ¿por qué habría de odiarle?

—De acuerdo en todo, pero fíjese cómo me mira el bueno de Al.

Jerome señaló con la barbilla, y Julie se volvió todavía a tiempo de ver al mayordomo desviar rápidamente su relampagueante mirada. Justo en ese momento, Jerome se fijaba en un hombre que entraba al salón procedente del vestíbulo, un hombre alto, fuerte, de muy buena facha en todos los aspectos, pero que en aquel momento no tenía muy buen aspecto: estaba pálido y demudado, y su mirada visiblemente alterada recorría velozmente el salón. Se detuvo en otro sujeto de aspecto igualmente próspero y saludable, consiguió su atención con un par de gestos, y el otro, visiblemente intrigado, se le acercó rápidamente.

Julie Selincourt estaba diciéndole algo a Jerome, pero éste no la oyó. Toda su atención estaba centrada en los dos hombres. El pálido le había dicho al otro algo que le había hecho palidecer. Los dos llamaron a un tercero, que asimismo palideció y lanzó una exclamación al ser informado de lo que fuese. Luego, tras una veloz discusión entre los tres, buscaron a alguien más con la mirada por todo el salón. La mirada se detuvo en Julie Selincourt, y Jerome la miró entonces.

Ella le contemplaba con el ceño fruncido.

—Francamente, me sorprende su desatención, señor Callaghan. Le estaba diciendo...

—Me temo que ha ocurrido algo que requiere su atención, señora Selincourt —dijo Jerome, utilizando de nuevo la barbilla para señalar.

Julie vio a los tres hombres pálidos mirándola, se desconcertó, vio la seña que le hacían, y se dirigió hacia ellos tras disculparse con Jerome. Este la siguió con la mirada, pero no pudo ver su reacción, porque los tres sujetos la sacaron del salón. Sin pensárselo ni un instante, Jerome se fue tras el grupito.

Cuando salió al vestíbulo, Julie Selincourt estaba sentada en una de las butacas, lívida como un cadáver y con la mirada perdida en la visión personal de algo indudablemente horrible. Frente a ella estaban

los tres hombres, todavía pálidos, nerviosos. Jerome sintió la presencia de alguien a su lado, y volvió la cabeza. Allí estaba el mayordomo.

—¿Busca algo, señor? ¿Puedo ayudarle?

—A mí, no —dijo secamente Jerome—, pero me temo que la señora Selincourt si está necesitando alguna clase de ayuda.

Dejando atrás al mayordomo, Jerome se acercó a Julie, ante la que se inclinó, tomándole una mano.

—¿Se encuentra mal? ¿Quiere que solicitemos la ayuda de un medico? Quizá haya alguno en el salón...

—Oiga, amigo —gruñó uno de los sujetos—, vuelva a la fiesta, ¿de acuerdo? Nosotros atenderemos a Julie.

—Sí —dijo otro—, será mejor que vuelva a la fiesta.

El flaquísimo mayordomo llegó, apartando sin miramiento a Jerome y a los otros, y se inclinó ansiosamente sobre Julie.

—¿Qué le ocurre, señora? ¿Desea que llame al doctor Halkin...?

—Oh, Dios mío, Al —se echó a llorar de repente Julie Selincourt—, ¡han matado a Melvin, han matado a mi marido! ¡Oh, Dios mío!

CAPÍTULO III

LA BAILARINA ASESINA

Desde luego, no se trataba de ninguna broma.

Jerome se hizo cargo inmediatamente de la situación, dejó a Julie Selincourt al cuidado del mayordomo, con el encargo concretísimo de que nadie debía enterarse de lo ocurrido, y, en compañía de los tres sujetos, uno de los cuales había sido el que había encontrado a Melvin Selincourt muerto, se encaminó al despacho, lugar donde habíanse producido los hechos.

O así lo parecía.

En el despacho, amplio, tan confortable como lujoso, todo estaba en perfecto orden. Menos el cadáver, claro. Melvin Selincourt se hallaba sentado en su sillón giratorio ante la amplia y magnífica mesa, caído de bruces sobre ésta, es decir, caído de pecho y apoyado en la pulida superficie por medio de la mejilla izquierda. Los brazos colgaban entre el sillón y la mesa. Era una postura grotesca y trágica, subrayada por el trágico aspecto de su cabeza, que había sido machacada a golpes de bailarina.

Los ojos de Selincourt estaban abiertos, mostrando su último gesto de dolor y sorprendido terror. Tenía varios golpes, cualquiera de los cuales era suficiente para matar a una persona normal. Toda la parte superior de la cabeza, y la posterior, mostraban un aplastamiento horripilante y repetido, que había dado lugar a que el cerebro de Selincourt salpicase alrededor. Verdaderamente, la persona que había utilizado la bailarina de bronce que había en un pedestal se había asegurado de que Melvin Selincourt pasaba a peor vida.

O a mejor, esto nunca se sabe. Al menos no lo saben los vivos, por mucho que algunos charlatanes pretendan saberlo.

—Supongo —dijo Jerome, mirando de repente al hombre— que no tocó usted nada.

—No, nada —masculó el otro.

—Oiga una cosa —dijo otro—: ¿quién demonios es usted y qué se ha creído? Nosotros podemos perfectamente atender esta situación.

—Estoy seguro de eso. Con llamar a la policía es suficiente. Y cualquiera sabe telefonear. En cualquier caso, han hecho bien en no airear lo sucedido: en estos momentos la casa parecería un manicomio.

Se desentendió de ellos y se dedicó a mirar la bailarina de bronce. Era una bonita figura de casi cuarenta centímetros de altura, mostrando una aparentemente frágil bailarina en una pirueta de ballet. Desde la cintura de la bailarina hasta el pedestal, igualmente de bronce, todo estaba manchado de sangre y partículas de cerebro. Conclusión obvia y por más sencilla: el asesino había agarrado a la bailarina por el busto, y con el resto del cuerpo y el pedestal le había sacudido de firme en la cabeza a Melvin Selincourt. La muerte debía haber sido prácticamente instantánea. Era un destrozo brutal, del cual la bailarina había salido indemne, por supuesto.

Jerome se dio cuenta de que los tres hombres estaban cuchicheando excitadamente, y los miró con renovado interés.

—¿Puedo ayudarles en algo? —se ofreció.

Los tres se quedaron mirándolo. En sus ojos había malestar, duda y una visible hostilidad hacia el periodista criminólogo. Ninguno de los tres le contestó. Murmuraron algunas palabras más entre ellos, y luego se quedaron de nuevo mirando a Jerome, que estaba más que mosqueado.

—¿Qué les pasa? —indagó—. ¿O tienen algo contra mí?

Porque podía ser esto. A fin de cuentas, nadie parecía haberle invitado a él a la fiesta, y quizá Selincourt lo hubiera comentado con aquellos tres amigos suyos..., que podían desconfiar de él con cierta lógica mínima. Pero los tres permanecieron en silencio, y Jerome, frunciendo el ceño, dedicó de nuevo su atención al cadáver.

Bueno, había poco por analizar, al menos a simple vista. Melvin Selincourt se había sentado a su mesa, alguien había agarrado la bailarina, se había situado a su lado, o más probablemente detrás, y había comenzado a golpearle con auténtico entusiasmo probablemente digno de mejor causa.

Ya nadie cuchicheaba. Los tres hombres miraban a Jerome. Este miró el reloj del muerto, acucillándose junto al brazo. El reloj seguía funcionando, señalando la hora: las once y diecinueve minutos. Se ingirió y miró la mesa. No había nada sobre ésta, salvo dos teléfonos.

—Será mejor que salgamos de aquí—dijo.

Se daba cuenta de que la animosidad contra él iba en aumento, pero también se daba cuenta de que aquellos tres sujetos no se atrevían a tomar ninguna iniciativa.

Salieron del despacho los cuatro, y Jerome fue en busca del mayordomo y de Julie Selincourt, que se habían encerrado, finalmente, en un pequeño saloncito privado destinado a Julie. Por supuesto, también aquí había teléfono, y Jerome lo señaló:

—Hay que avisar a la policía...

—¿Eso es necesario? —gruñó uno de los tres sujetos—. Bueno, quiero decir si es inevitable. En fin...

—¿Qué otra cosa sugiere usted?—le miró con amable curiosidad Jerome.

—Bueno... No sé... ¡Maldita sea!

Jerome los miraba cada vez más interesado. El mayordomo los miraba con inescrutable frialdad. Julie había dejado de llorar, pero el maquillaje se había convertido en un desastre, y su expresión, con los ojos muy abiertos, rozaba lo patético.

—Su actitud es bastante desconcertante —dijo Jerome—, pero eso no es cuenta mía. La policía tiene que ser avisada, eso es todo. Y se puede hacer de un modo digamos normal o utilizando pequeñas influencias para que la cosa resulte lo menos aparatosa posible. Un capitán del Police Department es amigo mío. ¿Quiere que lo llame a él, señora Selincourt?

—Sí... Bueno, no sé... Yo... ¡Oh, Dios mío!

Jerome frunció el ceño. Miró al mayordomo, y ordenó:

—Colóquese ante la puerta del despacho e impida la entrada a cualquier persona, Al. A cualquier persona, ¿entiende?

—Sí, señor Callaghan. Pero la señora Selincourt...

—Yo cuidaré de ella, no se preocupe. Vaya allá.

El mayordomo salió del saloncito privado. Jerome descolgó el auricular del teléfono y, naturalmente, utilizó la línea directa para llamar a su viejo amigo, el capitán Cecil Irwin que no estaba de servicio, por lo que, lamentándolo debido a la hora, Jerome llamó a Irwin a su apartamento de solterón.

* * *

—Oye, mira quién llega ahí, tú, ballena barbuda.

—¡Por cien mil tifones viudos! ¡Pero si es el aguafiestas del capitán Irwin! —barbotó Archie.

En efecto, un coche privado acababa de detenerse en la entrada a la villa, cerca de las verjas, y un sujeto alto, robusto, calvo, se había apeado para dirigirse a los dos criados que protegían la entrada, con los que habló. Uno de ellos se metió en una cabina con teléfono de línea interior con la casa.

Sentados cómodamente en los asientos delanteros del coche de Gus, que llevaba más de dos horas estacionado muy cerca de las verjas, los dos gorilas amigos de Jerome observaban con curiosidad los movimientos del amigo de Jerome Callaghan y «enemigo» encarnizado de ellos.

—¿Lo ves? —dijo Gus, masticando pipas de girasol—. ¡Ya te dije que había algo raro en esa invitación! ¡Y fíjate si tenía razón que ya han tenido que llamar al tío calvo!

—Hombre, quizá lo hayan invitado también, como al patrón —dijo

Archie, masticando palomitas de maíz, dejando el coche de Gus hecho un asco entre ambos.

—¿A quién van a invitar a un sitio como éste? ¿Al polizonte calvo? ¿Estás tonto o qué? ¡Quiero decir más tonto que de costumbre! A ése sólo lo invitan a entierros.

—Pues a veces el patrón lo invita a casa, y allí no hay ningún entierro.

—Lo habrá algún día, cuando te coma el hígado.

—Tú no comes ni papillas, gilipollas.

—¿A quién estás llamando gilipollas?

—¡A tu abuela, si te parece!

—¡Deja en paz a mi abuela! ¡Como vuelvas a mencionar a mi abuela te voy a romper la espina dorsal! Porque tú no tienes columna vertebral, como los seres humanos, tú tienes espina dorsal, como los tiburones, ¿comprendes? Y como las sardinas.

—Calla, mamón.

—¡Archie, si vuelves a llamarme mamón, te corto el pirulí! Es más, voy a hacerte un nudo en él para que no puedas orinar, ¡y no te digo nada cuando la boba de tu rubia te llame para...! Oye, que sale a por el coche.

Irwin regresaba a su coche. Gus y Archie se olvidaron al instante de su disputa, se apearon, y llegaron al coche de Cecil Irwin cuando éste terminaba de sentarse al volante. Los dos entraron en la parte de atrás, cada uno por una portezuela. Y Gus tapó por detrás los ojos del policía con sus manazas, canturreando:

—¿Quién soyyyy...?

—¡Oh, no! —gimió el capitán Irwin.

—Me parece que lo ha adivinado —rió Archie—. ¡Je, je, te ha conocido por el hedor a culo podrido que emites, escoria del ring!

—¡Me ha reconocido porque te ha olido a ti y sabe que siempre vamos juntos! —exclamó Gus—. Bueno, casi siempre.

—Contigo no voy yo ni al circo a ver Superman —aseguró Archie.

—¿Quieres quitarme tus pezuñas de la cara de una puta vez? —vociferó Irwin, que lo había intentado en vano, pues las manos de Gus parecían dos montañas clavadas al terreno.

—Huy, qué hombre, ¡cómo se pone por nada! —se lamentó Gus, retirando las manos—. ¡Y cómo grita!

—Debe estar sordo —sugirió Archie—. Ya sabes que los sordos gritan mucho.

—¡Qué tontería! —rechazó Gus—. ¡Claro que no!

—Que sí, que es verdad, hombre. Los sordos gritan mucho.

—Entonces podría ser cierto que el tío calvo esté un poco sordo. Deberíamos hacer algo por él.

—Es verdad —asintió Archie—. ¿Lo haces tú o lo hago yo?

—Te toca a ti, creo.

—De acuerdo —Archie se inclinó hacia delante, metió dentro de una oreja de Cecil Irwin un dedote, y barrenó con él, gritando en seguida junto a la oreja—: ¿ME OYE MEJOR AHORA, CAPITÁN?

—¡La madre que os parió! —aulló Irwin, apartando a manotazos a los dos amigos—. ¡Fuera de mi coche!

—Oye, Archie-dijo Gus—, el capitán es un entusiasta de las sardinas: acaba de mencionar a la madre que te parió.

—¡Como te metas con mi madre, te utilizo de cebo la próxima vez que salga a pescar tiburones! —vociferó Archie.

—¡Fuera de mi coche! —insistió a gritos Irwin—. ¡FUERA LOS DOS!

—Oye, tipejo —le miró amenazadoramente Gus, entornando los ojos, con tal gracia que Archie tuvo que hacer esfuerzos para no reír —, pon los cascos sobre el timón y saca el barco de puerto, ¿entiendes? Y si no me obedeces en el acto, ¡pum, muerto!

Terminando de hablar, Gus esgrimió tieso el dedo índice de la mano derecha, que casi parecía un palo de jugar al baseball, y lo empujó a Irwin con él por la frente. El capitán del Police Department lanzó una horrenda maldición, palideció y no pudo contenerse más. Sacó su pistola de reglamento, y colocó la boca de fuego sobre la nariz de Gus, que parecía una gigantesca chufa pisoteada.

—¡Sal de aquí o te reviento esa mierda de nariz que tienes! —aulló.

—Dominus vobiscum —dijo Gus.

—Et cum espíritu tuo —apoyó Archie.

—Que quiere decir: la paz sea contigo.

—Y «y con tu espíritu» —terminó Archie—. Hale, hale, capitán, no se enfade, hombre.

—Pero si no está enfadado —dijo Gus—. Es todo una broma. ¡Estoy seguro de que esta pistola es de chocolate! ¡Ya verás!

Le quitó la pistola a Irwin, mordió el cañón y lanzó una exclamación de dolor.

—¡Si serás animal! —palideció Irwin—. ¡Ha podido dispararse!

—Pues yo creía que era de chocolate —dijo Gus—. ¡Me cago en la mar, no perdamos ya más tiempo!

—Oye, tú —le agarró Archie por la ropa—: vuelve a decir eso de que te cagas en la mar y no ves la luz del nuevo día. ¡Hasta ahí podríamos llegar!

—Tienes razón —se mostró compungido Gus—: me he pasado. No me cago en la mar..., ¡sino en ti! ¡Y con razón, porque tienes cara de orinal!

Cecil Irwin ya no pudo más. Lanzó un aullido de rabia, recuperó su pistola y arrancó hacia el interior de la villa tan bruscamente que derribó revueltos en el asiento de atrás a Gus y Archie.

En cuestión de segundos llegó ante la escalinata de la casa, en la

cual esperaba Jerome Callaghan, Todo estaba en orden, se oía música y bullicio en la terraza. Las luces de la piscina habían sido encendidas.

Apenas detenerse el coche, Archie y Gus salieron a toda prisa, y Jerome se quedó mirándolos con el ceño fruncido. Luego miró incrédulamente a Cecil Irwin, y finalmente se acercó a éste y le pasó un brazo por los hombros.

—De modo que por fin te has hecho amigo de ellos, ¿eh?

—¿De quiénes? —gritó Irwin.

—De Gus y Archie. Nunca habría esperado de ti una cosa así, Cecil: ¡hacerte amigo de dos escorias como ésas sólo porque te han invitado a unos cuantos revolcones con chicas guapas!

—¡A mí nadie me ha invitado a nada de eso!

—¿No? ¿No estabas con ellos?

—¡Estaba en casa, durmiendo, y lo sabes perfectamente porque me has llamado allí por teléfono!

—Es verdad, ¡no me acordaba! Caramba, entonces... ¿de dónde salen ese par de brutos?

—¡Como si no lo supieras! ¡Estaban fuera, guardándote las espaldas!

—Ya —Jerome miró a Archie y Gus, que se pudieron a mirar el estrellado cielo con intensísimo interés—. Ya, ya. Pues mira, yo creía que esta noche la estaban dedicando a darle gusto al sexo en el yate. Y al verte con ellos he pensado que...

—Jerome, ¿dónde está tu maldito cadáver?

—¿Mi cadáver? ¡Hombre, Cecil, creí que éramos amigos!

—¡El cadáver que siempre encuentras vayas donde vayas! —gruñó Irwin—. Jerome por favor, ya basta de tonterías. Y te recuerdo que dentro de pocos minutos vendrán mis hombres, el forense, la furgoneta de la Morgue... Bueno, ya sabes. De modo que ocultar todo esto sólo podrá ser durante unos pocos minutos más.

—No te he pedido que lo ocultes —le miró sorprendido Jerome—: lo único que te he pedido por teléfono es que te encargaras de que las cosas se hicieran con discreción, sin sirenas, luces, ni espectacularidad de ninguna clase. Por lo demás, sé cómo funcionan estas cosas.

—Está bien. Bueno, ¿qué ha pasado?

—Lo único que puedo decirte es que...

Con un brazo pasado por los hombros de su amigo, Jerome entró en la casa, llevando a Irwin hacia el despacho, en cuya puerta seguía plantado el mayordomo, que miró críticamente a Cecil Irwin. Jerome sonrió irónicamente, y dijo:

—A este tipo vamos a dejarlo pasar, Al, es amigo mío.

—Muy bien, señor Callaghan. ¿Puedo regresar con la señora?

—Será lo mejor. Y avise a la señorita Cameron, ya sabe. Habrá que darle la noticia suavemente.

—Oh, no se preocupe por ella, señor: no morirá de pena por esto. La

señora, sí que se ha llevado un terrible disgusto, ¡pero la señorita...!

—Ya entiendo. De todos modos, habrá que avisarla antes de que llegue la policía. Y también al resto de la familia. Creo que esta familia es numerosa y hogareña.

—Bueno, son casi todos gente agradable y afectuosa, señor.

—Agradable y afectuosa —murmuró Jerome—. Caramba, bueno es saberlo, porque así no sospecharemos de ningún miembro de la familia. Quiero decir que quien ha hecho eso, no es ni agradable ni afectuoso. Vaya a hacer todo eso, Al. Entremos, Cecil.

—Escucha —gruñó Irwin—, ¿me permites recordarte que, al menos ante testigos, yo soy el policía? ¡Y me importa un pito que tú seas un genio investigador y yo un simple capitán de policía! ¡El policía soy yo!

—Cuanto más viejo peor genio tienes —movió la cabeza Jerome—. Te lo digo en serio, y por tu bien, Cecil: tienes que tomarte las cosas con más espíritu deportivo.

—Son casi las doce de la noche, estaba durmiendo, me haces venir sin estar de servicio y trayendo detrás de mí poco menos que de tapadillo el restó del servicio. ¡Y cuando llego, parezco tu ayudante!

—¿Te gustaría encargarte tú de todo?

—No estaría mal, para variar.

—¿De todo, absolutamente de todo?

—¡Desde luego que me gustaría! ¿Por qué no te dedicas a tus cosas y me dejas a mí con las mías?

—De acuerdo. ¿No tendrás miedo si te quedas a solas con el muerto?

Cecil Irwin soltó un bufido y entró en el despacho. Jerome alzó las cejas, sonrió, encogió los hombros y se acercó a Gus y Archie, que esperaban cerca, vigilantes y atentos.

—Si ya lo sabía yo —empezó Gus—. ¡Se lo dije al gorila, que se iba a meter usted en un lío! Recuerdo aquella vez que usted montó todo lo del cuento chino y todos bailamos a...

—Salid fuera. Creo que todavía no se ha marchado nadie de la fiesta, y si alguien lo intenta ahora, impedídselo.

—¿Y si no quiere que se lo impidamos, patrón? —sugirió Archie.

—Pues si no quiere, peor para él.

—Es verdad —sonrió Archie—. Peor para él... o para ella, claro...

—Claro —dijo Gus—. Pero ¿qué es lo que ha pasado, señor Jerome?

—Os lo contaré mientras salimos de la casa. Y podré hacerlo, porque para resumir lo poco que sé bastan segundos. Ah, una cosa: no os metáis con los hombres de Cecil cuando lleguen.

—¡Pero si eso es lo más divertido! —protestó Gus.

—No esta vez, Gus. Limitaos a ver, oír, callar... e impedir que nadie se marche de la villa. Al menos, en coche. Porque si alguien tenía

intención de escapar a pie después de machacarle la cabeza al dueño de la casa, pues... a ése ya no lo alcanza nadie.

—Por el momento —alzó un dedote Archie.

—Eso es —asintió Jerome—. Bien, cada cual a lo suyo.

—¿Qué es lo de usted, señor Jerome?

—¿Lo mío? Conversar con Una preciosa muchacha a la que le encantan los torrentes de fresco champaña.

CAPÍTULO IV

NO LLORÉIS POR EL DIFUNTO

—Es decir, que la policía va a llegar de un momento, a otro —dijo Sheila cuando Jerome terminó de explicar brevísimamente lo ocurrido.

—La policía ya ha llegado —aclaró el periodista—. Digamos que falta por llegar el resto del equipo que emprenderá la investigación de modo oficial. Eso puede tardar cinco o seis minutos, Sheila. A partir de entonces yo no tendré posibilidad de controlar la situación como hasta ahora, pues una cosa es pedirle un favor a un amigo personal y otra cosa es manejar a la policía.

—Sí, lo entiendo. ¡Bueno! ¡De modo que se lo han cargado, por fin!

—Si te refieres a tu padrastro, en efecto, se lo han cargado y bien cargado —asintió Jerome, mirando con curiosidad a la bellísima muchacha—. Me da la impresión de que no estabas loca de amor filial por él.

—Era un maldito cerdo —bajó la voz Sheila.

—¿Comía demasiado? —sugirió Jerome.

—Digamos que quería comer demasiado, incluso en platos que no eran suyos.

—¿Pretendió relacionarse sexualmente contigo?

—¡Oye! ¡Eres demasiado listo, Rocky!

—¿De quién fue la idea de la fiesta? Porque me he enterado por medio de Al de que hace tiempo que vivía aquí, de modo que eso de «inauguración» de nueva residencia no me parece muy exacto.

—¿Crees que la fiesta ha sido montada para tener al cerdo a mano y matarlo?

—Tú también eres demasiado lista —sonrió Jerome.

—Bueno, puede que los dos seamos listos —le miraba ella con franca simpatía—. En cualquier caso, la idea de la fiesta, fue de mi madre, que posiblemente es la única persona de la casa y de la familia que todavía quería un poco a Melvin. De todos modos, ninguno de nosotros es capaz de hacer eso que han hecho con él. Somos gente rica, parásitos de la vida, alocados, estúpidos si quieres..., pero no criminales. ¡Y además de ese modo, abriéndole la cabeza con una estatuilla! ¡Qué horror!

Jerome sonrió de nuevo, de aquel modo entre curioso y amable, con

el que ocultaba siempre una posible fuga de sus pensamientos.

—Sí, hay que tener muchas agallas para matar así a una persona — admitió—. ¿Quién de entre todos los invitados dirías tú que es capaz de hacer una cosa así?

—Por ganas de hacerlo, todos. Pero por valor y capacidad de contención de las náuseas, pocos... John Prestage es uno de ellos, desde luego.

—¿Quién es John Prestage?

—El hombre que me has dicho que encontró el cadáver. Los otros dos, si los has descrito bien, y estoy segura de que sí, son Carson Merrill y Jess Clements.

—Me pareció que los tres eran amigos de tu padrastro.

—Amigos y socios, en efecto.

—Socios. Ya. ¿A qué se dedicaba Melvin Selincourt?

—Hacía de todo un poco.

—¿Pero le iban bien las cosas, realmente?

—Desde que metió mano al dinero de la familia, de maravilla. Lo estaba haciendo muy bien, según él. Me pregunto qué vio mi madre en ese hombre: era gordo, calvo, asqueroso y no respetaba a nadie ni tenía idea de lo que es la lealtad. ¿Te gustaría acostarte conmigo, Rocky?

—Me parece que sí.

—Pero ¿intentarías incluso violentarme si estuvieras casado con mi madre?

—No.

—Pues él lo hizo. Me atrapó un día desnuda en mi dormitorio, y no sé cómo pude librarme. ¡Cielos, era un cerdo, te lo juro!

Jerome asintió y preguntó:

—¿A qué se dedican Prestage, Merrill y Clements?

—Ni idea. Aunque presumo que hacen de todo un poco. Te apuesto un beso serio a que ni la policía saca en claro nada de sus negocios.

—No sé si te das cuenta de lo que estás diciendo y sugiriendo, Sheila.

—Perfecta cuenta. Para que el champaña me emborrachase tendría que beberme toda una piscina entera. ¿Sabes lo que más siento de todo esto, Rocky?

—¿Qué?

—Que mis amigos empezaban a divertirse, y que por culpa de ese marrano les van a jorobar la fiesta.

Jerome asintió de nuevo, mirando hacia el grupo de muchachos, que seguían riendo, ya todos en plena onda de la fiesta. Lo sorprendente era que todavía no hubiera ninguna chica desnuda saltando desde el trampolín.

—Peor lo está pasando él, ¿no te parece? —deslizó.

—En absoluto. El está bien donde está. Quien no estará demasiado conforme será el diablo, que debía tener esperanzas de que Melvin tardase bastante más en llegar.

—Me parece —sonrió de nuevo Jerome— que quien llega es el forense.

* * *

—No creo que la autopsia nos diga nada que no estemos viendo —dijo el forense—. Quiero decir que, si alguien lo hubiera envenenado, por ejemplo, no habría habido necesidad de hacerle papilla los sesos. Es un buen destrozo. Si le parece nos lo llevamos, capitán.

—Espere que los muchachos hagan unas cuantas fotos más y es todo suyo —gruñó Irwin—. Y en cualquier caso, pásame el informe de la autopsia.

—Naturalmente. Hasta la vista, Jerome.

—Adiós, doctor. ¿Cómo va su úlcera?

—Bien —asintió el forense.

—¿De veras? —se sorprendió realmente Jerome—. ¿Cómo es eso? ¡Usted mismo decía que era un mal crónico del que nunca se aliviaría, ni siquiera pasando por el quirófano, que sus úlceras eran como las setas, unas se van y otras vienen!

—Sí, lo decía, pero he descubierto el modo de curarlas todas radicalmente: tomándome unas vacaciones.

—Ah. Sí, claro, pero cuando vuelva al trabajo...

—Ah —movió la cabeza el forense—, ése es el truco, amiguito: ya no voy a volver al trabajo en toda mi vida. Se terminó. Tengo cuatro dólares ahorrados, y bien administrados me permitirán dedicarme a tomar el sol siempre que quiera. ¿Te imaginas? ¡Llevo en Miami más de treinta años, y todo lo que hago es ver cadáveres!

—Para eso no hace falta vivir en Miami —admitió Jerome—. Vaya, me alegro mucho, de veras.

—Pienso ir de vacaciones a Alaska, para agudizar mi añoranza del sol, y entonces volver a toda prisa. Te enviaré una postal.

El forense se alejó. Irwin tomó de un brazo a Jerome y salieron ambos del despacho.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Irwin.

—¿Yo? ¡Nada!

—Jerome, no empecemos. Te vi conversando con la rubita preciosa, y he sabido que es la hija de la casa.

—Bueno, pues habla tú también con ella y sabrás lo mismo que yo.

—A mí no me dirá lo mismo que a ti, lo sé, tengo experiencia en estas situaciones en las que tú intervienes. ¿Qué te ha dicho?

—Hagamos un trato, Cecil.

—Me lo temía —suspiró el policía—. ¿Qué trato?

—Tú me dices lo que averigües sobre los invitados a esta fiesta y yo te diré lo que me ha dicho Sheila Cameron y que a ti no te lo diría.

—De acuerdo. Dime una cosa: ¿qué demonios estás haciendo tú aquí?

—Recibí una invitación —Jerome la mostró a su amigo.

—Ah. ¿Quién de la casa te la envió?

—Nadie —sonrió el periodista.

—Maldita sea tu estampa, Jerome.

—Te estoy diciendo la verdad. Alguien quería que yo asistiera a la fiesta, pero nadie admite haberme enviado la invitación.

—¿Y qué conclusión sacas de ello?

—Por ahora no sé qué pensar. Se me ha ocurrido que podría ser algo así como un desafío de alguien al famoso investigador y criminólogo Jerome Callaghan, dicho sin falsa modestia, pero me parece demasiado temerario por su parte. Además, una persona con esa mentalidad no mataría a golpes de estatuilla, tan brutal y vulgarmente. Digamos que... se habría esmerado en ofrecerme un asesinato digno de mi... y de él.

—¿No crees que haya sido una mujer?

—Si era campeona de judo o de levantamiento de pesos, tal vez. Es decir, con una musculatura adecuada. ¿Hay huellas en la bailarina?

—Esa información no entra en el trato.

—De acuerdo. Hasta luego.

—Espera, espera, hombre... ¡Coño, en seguida te picas! Ni había ni una jodida huella. Entiéndelo bien: ni una sola.

—O sea, que el tipo que usó la estatuilla no se limitó a utilizar guantes, pongamos por caso, sino que además limpió la estatuilla a conciencia allá donde no se había ensuciado con... residuos de Selincourt.

—Exactamente. Así que no hay ni una sola huella. Ni siquiera, pongamos por caso, de los criados encargados de la limpieza de la casa. Bueno, esa discusión inesperada nos ha facilitado a todos la noche...

—¿Qué discusión inesperada? —alzó las cejas Jerome.

—Bueno, alguien estaba con Selincourt en el despacho, se enfadó con él, agarró la estatuilla... ¿No?

—Claro que no —rechazó Jerome—. Y no te hagas el tonto conmigo, Cecil, que nos conocemos hace tiempo. Alguien llevó a Selincourt al despacho, lo sentó en su sillón, y cuando Selincourt esperaba diálogo le partió la cabeza. Es muy fácil.

—O sea, que era alguien en quien él confiaba, alguien que sabía que la estatuilla estaba allí, y que ya había previsto utilizarla como arma.

—No me sorprendería nada. Bueno, voy a despedirme de la viuda.

—¿Te vas? —se pasmó Irwin.

—Hemos hecho un trato, así que no pinto nada aquí. Nos veremos por la mañana, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, pero...

Pero Jerome ya se alejaba de Irwin. Y un par de minutos más tarde paseaba por el jardín de la villa. Gus acudió a su encuentro, mientras Archie permanecía escondido.

—Nadie ha intentado marcharse, señor Jerome. Parece que todos los coches y todos los invitados están en la casa. Lástima de fiesta, ¿eh?

Jerome asintió. Ciertamente, la fiesta había terminado, ya no se oía música, ni risas en la zona de la piscina. En aquel momento sacaban el cadáver en una camilla y lo cargaban en la furgoneta de la Morgue, que se alejó. Quedaban tres coches policiales, uno de ellos sin distintivo, y el de Cecil Irwin, todos frente a la escalinata.

—Seguid por aquí —murmuró el periodista—, pero atentos a mi salida, porque nos iremos en seguida. Voy a despedirme de la señora Selincourt.

Esta vez había bastante gente en el saloncito privado de Julie Selincourt, empezando por Sheila, no menos de seis o siete familiares, todos sombríos y mohínos, y algunos amigos. Y dos mujeres que dejaron estupefacto por un instante a Jerome Callaghan. Ambas eran altas, casi opulentas, de sólida estampa, grandes ojos, rebosantes de vitalidad, de salud física. Una era pelirroja y la otra trigueña, y habría sido cuestión de concurso decidir cuál de las dos estaba más apetecible y, usando la terminología de Gus y Archie, más buena y cachonda.

Jerome se despidió de Julie Selincourt, le aseguró que estaba a su disposición, y, tomando de un brazo a Sheila, la sacó del saloncito.

—¿Quiénes son esas dos mujeres tan... espectaculares?

—¡No me hagas esto, Rocky! ¡Ya te dije que soy muy celosa!

—Mi interés por ellas es por simple amistad. ¿Quiénes son?

—La pelirroja es Lesly Ann Travers, la secretaria de Melvin. La otra es Rebeca McGuillicudy, su masajista.

—¿La masajista de la pelirroja?

—La masajista de Melvin.

—Ah... Bueno, no se parecen demasiado a tu madre, ¿verdad? Ambas son, ¿cómo podríamos decirlo finamente?, extremadamente palpitantes, si me permites la expresión.

—¿Estás pensando que Melvin se acostaba con ellas?

—Me parece que eres una obsesa sexual, jovencita. Yo no me paso el tiempo pensando en si tal se acuesta con cual, las cosas del sexo las he superado ya.

—¿Estás impotente?

—Casi —sonrió Jerome—, pero me parece que si me encontrase en

la cama dos mujeres como ésas me curaría en el acto. ¡Vaya par de... hembras! De todos modos, a mí me van más los tipitos como el tuyo. Los encuentro más... manejables, delicados y deliciosos.

—¡Ahora sí eres encantador! —exclamó Sheila—. Pero entonces, ¿por qué te interesas por Rebeca y Mary Ann?

—Por si alguna vez pierdo las esperanzas de ligar contigo. Bueno, Sheila, de veras: ¿puedes darme sus direcciones sin que se divulgue que me he interesado por ellas?

—No sé dónde viven, pero puedo averiguarlo... discretamente y decírtelo por teléfono. ¿Te llamo mañana?

—Perfecto.

—¿A qué hora?

—Para ti estoy a cualquier hora. Bien, tengo que marcharme. ¿Te doy el pésame, o no hace falta?

—Más bien deberías darme la enhorabuena. Me ha encantado conocerte, Rocky.

Sheila se abrazó brevemente al cuello de Jerome, le besó en los labios y se alejó del periodista, dejando en éste el gusto de sus labios, el aroma de su perfume y el calor de sus hermosos pechos a través de la tela de la indumentaria del periodista.

«Me parece —reflexionó éste— que la muerte del señor Selincourt no va a dar lugar a que se viertan mares de lágrimas.»

En la puerta de la casa encontró al mayordomo, que ahora parecía no saber qué hacer. Tal vez se sentía un poco mortificado porque había tenido que alejarse de su señora al acudir más gente al saloncito privado.

—Adiós, Al —saludó Jerome cordialmente—. Gracias por todo.

—No hay de qué, señor Callaghan.

—Y no se preocupe: guardaré su secreto. Mejor dicho, sus secretos.

—¿Mis secretos, señor? ¿A qué se refiere?

—A sus secretos. A saber: uno, que está enamorado de la señora Selincourt...

—No me gusta esta clase de bromas, señor.

—Pues le pido perdón. Y dos: que usted es el asesino.

El mayordomo palideció intensamente.

—¿Yo? —exclamó—. ¡Desde luego que no! ¡Y usted no tiene derecho...!

—Cálmese, hombre —refunfuñó Jerome—. ¿Es que no tiene sentido del humor? Era una broma. Ya sé, ya sé, tampoco a esta broma le ve la gracia, de acuerdo pero, a fin de cuentas, usted es el mayordomo. ¡Y ya se sabe que el asesino siempre es el mayordomo!

—Muy ocurrente —masculló el estirado Al.

—Ya me doy cuenta de que mis gracias no son bien acogidas. Bien, hasta otra, Al.

Salió de la casa, bajó la escalinata, correspondió a los risueños saludos de los agentes de policía que esperaban junto a los coches, y localizó el suyo. Archie y Gus estaban ya junto a él.

—¿Nos vamos, patrón? —estaba no poco sorprendido Archie.

—Sí. El juego acaba de empezar, pero esto es todo por esta noche.

—¿Qué quiere decir? —se interesó Gus.

—Que quien me hizo venir a la fiesta no piensa, evidentemente, decirme que ha sido él quien ha matado a Selincourt, si pensase decírmelo ya lo habría hecho. O sea, que tendré que descubrirlo yo. Pero no esta noche. He bebido demasiado champaña, y prefiero retirarme a descansar. En marcha para casa, nenes.

* * *

Eran casi las tres de la madrugada cuando Jerome miró una vez más la cuartilla que hacía más de una hora había colocado en el rodillo de su máquina electrónica de escribir, y en la cual había escrito el encabezamiento de siempre:

AQUÍ, CALLAGHAN...

Y a continuación..., nada. Llevaba rato y rato pensando en el modo de enfocar el asunto, es decir, partiendo de la recepción de la invitación enviada por... ¿por el asesino, realmente? ¿Era un desafío? ¿O era de alguien qué sabía o presentía o sospechaba que Melvin Selincourt iba a ser asesinado aquella noche?

Fuese lo qué fuese, lo del envío de la invitación significaba algo en aquel asunto, desde luego.

Jerome Callaghan decidió acostarse. Mañana sería otro día. Es decir, hoy, pues ya eran las tres de la mañana.

«Espero que Cecil no venga demasiado pronto», pensó al acostarse.

CAPÍTULO V

QUE LO ENTIERREN Y AQUÍ NO HA PASADO NADA

Cecil Irwin tuvo el buen gusto de presentarse a las diez y media de la mañana, cuando ya Jerome, Archie y Gus estaban terminando el desayuno en la amplia cocina que era feudo prácticamente exclusivo de Gus, el cual llevaba un precioso delantal de flores estampadas cuando Archie regreso de la verja de entrada acompañado de Irwin, que inmediatamente se sentó ante la mesa, y dijo:

—Sólo dos huevos con jamón, Gus.

—¡Oiga! ¿Qué se ha creído que es esto? ¿Un restaurante?

—Fríele los huevos, Gus —dijo Jerome.

—Bueno, que se los saque.

—¡No empecemos! —exclamó Irwin, mientras Archie y Jerome reían—. ¡No empecemos, ¿eh?! ¡No me toques las narices, Gus!

—Apuesto a que las tiene llenas de pelotillas —dijo Gus, con cara de asco—, así que olvídelo. Y si los huevos los tiene igual, olvídelo también. Le freiré de los míos.

—¿Te vas a freír los huevos sólo porque este polizante te los pida?, —se asomó Archie—. ¿Y qué harás sin huevos?

—Ya rebuznó la ballena de pastizal —refunfuñó Gus—. ¡Estamos hablando de huevos de gallina, melón!

—Ah. ¡Yo creía que hablabais de huevos de calzoncillos!!

—Bueno, bueno —reprenió Jerome—, portaos bien, que Cecil ha trabajado duro toda la noche y no está para chirigotas. ¿Verdad, Cecil?

—Desde luego que sí. Bueno, ¿qué te dijo a ti que no me diría a mí la señorita Cameron?

—Que toda la familia sentía más bien un asco considerable por el señor Selincourt, excepto, tal vez, la señora Selincourt. Cosa comprensible, ya que ella lo eligió como marido, pero los demás no ti vieron opción..., y al parecer no les gustaba. Incluso quiso acostarse con Sheila. ¿Sabías esto?

—No. ¡Cerdo marrano!

—Oiga, si se mete conmigo... —empezó Archie.

—No era a ti —gruñó de mal talante Irwin.

—¡No insinuará que era a mí, eso de cerdo marrano! —se plantó ante él Gus, con una sartén en la mano.

—¿No me dirigía a ninguno de los dos! —aulló Irwin.

Archie y Gus se miraron. Luego posaron sobre el irritado policía la colérica mirada de sus perversos ojillos. Ambos a la vez, de pronto, agarraron a Irwin por la ropa, y lo alzaron de la silla como si pesase lo mismo que un chicle. Los dos torvos rostros se colocaron a medio centímetro del de Irwin.

—¿Insinúa usted —deslizó Gus con voz chirriante— que el cerdo marrano de esta reunión es el señor Jerome?

—¡Estaba hablando de Melvin Selincourt!

—¡Aaaah! Pues ya tiene usted mala leche, ya, ¡hablar así de un pobre muerto!

—¡Soltadme! ¡Jerome, díles a este par de gorilas tuyos que me suelten o voy a llenarles las barrigas de plomo! ¡Jerome!

—Perdona un momento, Cecil —se disculpó Jerome—: es que están llamando por teléfono. Y voy a atender la llamada a otro sitio, porque aquí hay demasiado escándalo.

Salió de la cocina, llegó a toda prisa al salón y se tumbó al tiempo que alzaba el auricular del teléfono.

—¿Sí?

—¿?

—Hola, buenos días —sonrió Jerome—. Ese soy yo. ¡No me digas que no habías reconocido mi voz!

—¡...!

—¿Has soñado con ella? ¿Conmigo? Caramba... ¡Yo pensé que tendrías pesadillas por lo de tu padrastro ¿Y qué has soñado de mí y conmigo?

—¡Fiiuuuuu! —silbó Jerome—. Bueno, como sueño no está mal. Sheila, preciosa, me encanta oír tu voz, pero temo que vamos a tener una mañana muy ocupada. ¿Me has conseguido ese par de direcciones?

—¡...!

—No te amo por conveniencia, sino por amor —aseguró muy seriamente el periodista—, pero estoy ocupadísimo.

—¡...!

—Pues no sé. Llámame por la tarde, a ver si he terminado mis asuntos. ¿Tienes esas direcciones? ¿Sí? ¡Estupendo! Espera un momento, que las anotaré.

Arrancó una hoja del bloc que había junto al teléfono, anotó en ella las indicaciones que le dio Sheila Cameron, y asintió complacido. Se guardó la hoja del block en un bolsillo del batín.

—Gracias, encanto. ¿Has desayunado ya?

—¡...!

—Te lo advertí: demasiado champaña anoche. Pero bueno, nadie se muere por no desayunar un día. De hecho, hay millones de personas

que no desayunan nunca. Y si me apuras, ni comen, ni cenan, ni nada. Sólo vegetan hasta morir de hambre víctimas de las conveniencias políticas...

—¿...?

—De acuerdo, corto el rollo —rió Jerome—. Adiós, maravilla. Gracias por el favor.

—¿...?

—Seguro qué sí: ahora soy yo quien tiene que hacerte un favor a ti.

Colgó, regresó a la cocina y se encontró a Gus, Archie y Cecil Irwin discutiendo acaloradamente. Se sentó de nuevo a la mesa, terminó el café, y encendió un cigarrillo.

—¿Y qué hay de tu parte del trato? —preguntó.

En el acto la discusión terminó, pues Gus y Archie dejaron de importunar a Irwin, que tardó unos cuantos segundos en recuperar la compostura y el aspecto normal. Entonces soltó un bufido, y masculló:

—Algo raro está pasando en todo esto, Jerome. Resulta que los tres tipos de que nos ocupamos, los que estaban tan molestos, son... enigmáticos.

—Enigmáticos —repitió Jerome—. Te refieres a Merrill, Prestage y Clemens, claro.

—Claro.

—¿En qué son enigmáticos?

—Bueno, empecé anoche a hacerles preguntas sobre qué eran ellos, cuál era su relación con el muerto, en qué se ocupaban... Sólo me contestaron vaguedades, o sea, que no me enteré de nada de ellos. Quiero decir que no son conocidos en Miami como gente de dinero, ¿comprendes? Son unos don nadie. Y, sin embargo, viven en unas quintas impresionantes, tienen coches, yate, dinero... La verdad, estoy muy intrigado, y pienso escarbar en sus vidas.

—Me parece que eso era lo que se veían venir, y lo que ocasionaba su irritación contra mí. Tengo la impresión de que si hubieran podido habrían hecho desaparecer el cadáver. Cualquier cosa, con tal de que no se iniciara esta inevitable investigación. Y como yo ya había metido mis narices en el asunto, ya no podían escamotear el cadáver.

—Eso no es tan fácil, de todos modos.

—Para según quién, puede serlo. De todos modos, sí, eso era lo que los tenía de tan mal humor: se veían venir la investigación sobre ellos. Y no les hacía ni pizca de gracia. Bueno, a ver qué encuentras.

—¿Quieres decir que tú no vas a investigar?

—¿Yo? —se «sorprendió» grandemente Jerome—. Claro que no. ¡El policía eres tú!

Gus y Archie se quedaron pasmados. Irwin ensombreció el gesto.

—Maldita sea —farfulló—. ¡Seguro que ya sabes algo que yo no sé!

—¿Alguna vez he faltado a un trato contigo?

—Hombre, eso no...

—Y además somos amigos de toda la vida, y vienes a mi casa como si fuese la tuya, y dispones de mi comida, mis amigos, mis coches, mi yate, mi lancha, mi sofá y mi piscina. Cono, Cecil, ¿qué más quieres?

—Hombre, Jerome, yo...

—¿Te apuestas algo a que encima le pide dinero? —gritó Archie.

—¡Es capaz de eso y de mil porquerías más! —graznó Gus—. ¡Polizante del demonio! ¡Cómase sus huevos y calle!

Le puso delante un plato con el desayuno que había pedido, y Cecil Irwin titubeó entre ponerse a discutir o a comer. Venció su inteligencia, y se puso a desayunar con un apetito descomunal.

Cuando vino a darse cuenta, Jerome ya no estaba en casa.

* * *

—¿Señorita Travers?

La espléndida pelirroja, que había abierto la puerta del departamento terminando de anudarse una bata de delicioso encanto primaveral, miró con interés, pero algo molesta al visitante.

—¿Y usted quién es? —preguntó a su vez.

—Jerome Callaghan.

Ella parpadeó. Su interés creció enormemente, eso estuvo claro. Se apartó de la puerta.

—Pase. ¿Quiere café?

—Sí, gracias —Jerome sonrió a lo simpático cuando ella, tras cerrar la puerta, le miró de nuevo—. Creí que se empeñaría en simular que no me reconocía, pese a que hace sólo unas pocas horas que nos vimos.

—La verdad es que no le recordaba —sonrió Lesly Ann Travers, la pelirroja secretaria de Melvin Selincourt.

—Espero que haga el café mejor que miente.

—La verdad es que me ha sorprendido tanto su visita que no sabía qué hacer ni pensar, y quise ganar tiempo.

—Eso está mejor. Mire, yo soy periodista, abogado criminólogo y detective privado, y, para mejor definición, un fisgón sin derecho alguno a interrogarla. Sin embargo, me gustaría conversar con usted unos minutos.

—Me gusta su estilo —rió la pelirroja, que tenía un cuerpazo sensacional—. ¿Le pongo azúcar?

—¿Dónde?

—¡En el café!

—Ah. No, no. Lo tomo siempre solo. ¿Puedo hacerle una observación de índole estrictamente personal?

—Puede hacerla, porque estoy segura de que una persona como

usted no va a ofenderme. ¿Cuál es la observación?

—Está usted de muerte —Jerome se mordió el labio inferior.

Lesly Ann Travers se echó a reír, se abrazó a la cintura de Jerome y lo llevó hacia la salita, donde lo condujo hasta un sillón donde lo sentó, inclinándose de modo que Jerome le vio casi completamente los pechos.

—¿Sabes? —susurró la pelirroja—. ¡Hace tiempo que ando buscando un hombre que esté dispuesto a morir conmigo!

—Lo tendré en cuenta. Lesly Ann: dispongo de cinco minutos solamente. El tiempo de tomar el café y hacerte unas pocas preguntas.

—Eso es jugar sucio.

—Los que se portan bien conmigo nunca pierden —aseguró Jerome.

—Iniciaremos nuestras relaciones sobre esa base. ¿Qué preguntas quieres hacerme? Son sobre Melvin Selincourt, claro. Bueno, era un tipo... generoso, eso sí. Hacía tiempo que trabajaba para él. No es que fuese su amante en el sentido exacto de la palabra, pero él se acostaba conmigo siempre que quería, cuando le venía de capricho. Me decía que esa tarde iba a venir a tomar café, y yo le esperaba desnuda. ¡Oh, el café!

Salió de la salita, regresó a los pocos minutos con el café y sirvió para ambos. Se sentó frente a Jerome, mirándole con curiosidad. Lesly Ann Travers, la pelirroja, tenía los ojos muy grandes e inteligentes. Era una mujer abierta, espléndida, rebosante de vida.

—¿Debo entender que él tenía otras amigas como tú? —preguntó Jerome, ofreciéndole un cigarrillo.

—¡Uf! Mira, era de esos que «esto veo, esto quiero y lo tengo que conseguir como sea». No es que fuese un mal tipo, pero había que tener cuidado con él. A mí no me importaba recibirlo. Era limpio, fuerte, y además era mi jefe. No es que me pusiera en la cama con él por dinero, pero tampoco le hacía ascos a sus regalos. Mira, me divertía igual que otro, sólo que las cosas me iban muy bien dándole gusto a él, ¿comprendes?

—Desde luego. Una mujer liberada, un sujeto caprichoso y asunto en marcha.

—Bueno, ése es un buen resumen del asunto, sí.

—¿A qué se dedicaba Selincourt?

—Escucha, te he dicho lo que me concierne, porque no tengo que dar cuentas a nadie de eso, ¿de acuerdo? Todo lo demás son asuntos confidenciales, de trabajo, y no deseo hablar de ello.

—¿Has sido advertida de que vendrían a hacerte preguntas y que era conveniente para ti que no las contestases?

Lesly Ann palideció ligeramente y se quedó mirando con fijeza a los ojos de Jerome. Este asintió, se terminó el café y se puso en pie.

—Gracias, cariño.

—Te agradezco mucho que no insistías —murmuró la pelirroja.

—Sinceramente, no creo beneficiarte con ello, pero tampoco quiero presionarte.

—¿Qué quieres decir?

—La policía te hará preguntas tarde o temprano. Más bien temprano que tarde. El caso lo lleva el capitán Irwin y, créeme, por muy inofensivo y distraído que parezca a veces, él te sacará todo lo que quiera sacarte y descubrirá todo lo que se pueda descubrir. Igual que yo. La cuestión está en quién de los dos llega antes a la meta, jueguecito que practicamos los dos hace tiempo en casos interesantes como éste.

—O sea, que no tengo escapatoria.

—No, no la tienes. Sabes cosas de Selincourt y, posiblemente, de sus amigos Clemens, Orestage y Merrill, y de los negocios de unos y otros. De modo que, salvo que te esfumes, acabarás diciéndolo todo a la policía. No sé si esto está claro para ti, Lesly Ann.

—Sí. Lo está. Gracias.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

—Pues ya eres mayorcita para no entender las cosas. Y hay una que tienes que entender cuanto antes: lo mejor que podrías hacer es acudir a la policía. Pide por el capitán Irwin. Todo lo que no sea esto, cariño, te va a complicar la vida.

La pelirroja se pasó la lengua por los labios.

—Tendré en cuenta todo lo que me has dicho.

Jerome movió la cabeza, aplastó el cigarrillo en el cenicero, y se dirigió hacia la puerta, haciéndole señas a la señorita Travers para que no se molestase en acompañarle.

* * *

—Quisiera ver a la señorita McGuillicudy.

La muchacha vestida como una enfermera qué había abierto la puerta de la sala de masajes-relax sonrió, y dijo:

—Ella está ocupada ahora, pero yo misma puedo atenderle, señor. Sea tan amable de pasar.

Jerome entró en la sala, un tanto irritado. Si algo no deseaba en aquellos momentos era que una profesional del sexo y el masaje se empeñase en hacerle un body-body o similar. Pero se desengañó apenas diez segundos más tarde, cuando apareció la mujer de edad más que madura, igualmente ataviada con una bata, que miró expectante a la jovencita.

—Pregunta por Rebeca —dijo la jovencita.

—Está ocupada —dijo la mujerona—. ¿Cuál es su problema, señor?

—Tengo dolor de espalda —se puso en situación rápidamente Jerome—. Un amigo me habló de la señorita McGuillicudy, y, sin desear molestar a nadie, desearía que me atendiera ella.

—Si usted está dispuesto a esperar, no hay problema. Pero le aseguro que la señorita Kervin está tan capacitada como Rebeca. Todas mis empleadas lo están, señor.

—Ni se me ha ocurrido dudarle. Pero es una manía, ¿comprende? Es como cuando una chica le recomienda a otra determinada prenda o producto de maquillaje: tiene que ser ése.

—¡Vaya una comparación! —rió la señorita Kervin.

—Un poco tonta, pero real. ¡Caramba, qué lugar tan agradable! Toda mi vida en Miami y ni enterarme. ¿Está bajo su dirección, señora...?

—Sí, lo está —sonrió la mujerona—. Soy Agatha Barlett.

—Encantado, señora. Yo soy Jerome Callaghan.

Cuando, casi un cuarto de hora más tarde, llegó el aviso de que Rebeca había quedado libre, la señora Barlett, a sus cincuenta años pasados, se había enamorado «locamente» de Jerome Callaghan, y la señorita Kervin, que había tenido que atender una diente con anterioridad, no se había sentido en absoluto satisfecha por tener que abandonar la compañía del periodista.

En la cabina donde trabajaba, Rebeca McGuillicudy, alta, magnífica, hermosa, posó con cierta hostilidad su mirada en los ojos de Callaghan. Este miró por el escote del uniforme blanco, descubriendo que Rebeca no llevaba debajo ninguna otra prenda, y que gustaba mucho de tomar el sol, seguramente, desnuda.

—Usted no tiene derecho a esto —le espetó ella en seguida.

—¿A qué se refiere? ¿A mirar o a tocar? —señaló Jerome el escote.

—Sabe muy bien que no me refiero a esta clase de cosas. Ha venido aquí a hacerme preguntas, pero no tiene ningún derecho a hacérmelas. No tiene derecho a acosarme.

—De acuerdo —asintió Jerome—. Lo de la espalda no es cierto, no me duele nada, pero estoy seguro de que sabrá usted darme un estupendo masaje relajante. ¿Le parece bien?

—Entonces, ¿le doy el masaje y eso es todo?

—Veamos: ésta es una casa seria de masajes y nada más, ¿verdad?

—Sí:

—Bueno, dígame dónde me pongo y cómo.

—Quítese toda la ropa menos los calzoncillos.

Jerome asintió, obedeció y se tendió boca abajo en la camilla. Segundos más tarde, las hermosas y fuertes manos de Rebeca McGuillicudy lo transportaban al cielo. Los finos dedos femeninos parecían llegar directamente a los músculos, acariciándolos, tensándolos, relajándolos...

—Vestido no da usted la impresión de ser tan musculoso — murmuró Rebeca.

—¿Mmmmmm?

—¿Se estaba durmiendo? —rió nerviosamente la trigueña.

—La verdad es que sí. Oiga, usted es fenomenal. ¿Le molestaría que me hiciera cliente suyo?

—Claro que no.

—Lo que ocurre es que soy un hombre ocupado, y me fastidia esperar en consultorios y sitios así. Tendría que venir usted a casa... Bien entendido que no ando buscando líos de cama, de éstos ya sé en qué otros sitios buscarlos.

—Todos dicen lo mismo y luego acaban haciendo la misma proposición. Como Melvin Selincourt, si le interesa saberlo.

—¿Se acostó usted con él?

—¡A ver! ¡No iba a ser diferente a las demás!

—La ha llamado a usted por teléfono la señorita Travers, ¿no es cierto?

—Sí, lo ha hecho. Mire, señor Callaghan, Selincourt era un hombre más o menos normal, pero con mucho dinero, y lo quería todo. Me di cuenta que si no satisfacía su capricho era incluso capaz de perjudicarme seriamente, de modo que accedí, pero le pedí unas buenas cantidades de dinero.

—¿Se comportó usted como una puta? ¿Por qué?

—Quería ver si pidiéndole mucho dinero me dejaba en paz. Una está más que harta de que los hombres siempre anden tras sus bragas.

—La comprendo —suspiró Jerome—. ¿Qué dijo Selincourt?

—¿Del dinero? Se echó a reír, y si yo le pedía cinco mil, él me daba diez mil, pero eso sí, tenía que meterme él personalmente los billetes en cierto sitio. Le hacía mucha gracia. Era un maldito hijoputa, ¿sabe?

—Y usted le tenía miedo.

—Me dio a entender, la primera vez que le dije que estaba harta de escuchar a tipos como él, que yo podía tener un accidente en el que perdería ambos brazos. ¿Usted no habría tenido miedo de un tipo así?

Jerome respingó y se volvió como pudo para mirar el rostro de la masajista, que estaba lívido.

—Yo, no —susurró el periodista—, pero me hago cargo de la situación.

—Escuche, usted no me cae mal, pero estoy harta, ¿sabe? Tengo ganas de encontrar un hombre al que sólo le importe yo, no porque sea masajista y ya hagan sus cuentas sobre mis concesiones en la cama, y jugar con masajes y todo eso, sino porque le guste a rabiarse y punto. Uno que venga y me diga: te voy a matar a mordiscos, o algo así, pero que sea I sincero. Estos tipos que siempre andan tras mis posaderas I mostrándome billetes ya me hacen vomitar, ¿me

comprende? I —Por supuesto.

—Pues usted ha venido a recordarme al peor de todos.

—Sin embargo, usted estaba anoche en la fiesta, Rebeca.

—Porque él me obligó a ir. Me dijo que quería que estuviesen en la fiesta la mayor cantidad posible de mujeres con las que él se ha acostado, para pitorrearse de su mujer. No sé las demás, pero yo fui allá con los huevos por corbata, como dicen ustedes. Y lo mismo Lesly Ann. ¿De qué se ríe?

—Admita usted que no es frecuente oír a una mujer decir que tiene los huevos por corbata —rió de nuevo Jerome—. ¿De qué se conocen Lesly Ann y usted?

—Ella me llamaba de parte de él para decirme cuándo tenía que ir a... darle un masaje. Bueno, nos hicimos amigas. El muy cerdo a veces nos... exigía servicio a las dos juntas, si me hacía ir a su maldito despacho. Lesly también los tenía por corbata.

—Me parece que no han lamentado ustedes mucho la muerte de Melvin Selincourt.

—¡Esta es buena! Mire, no ahora, porque somos personas normales, pero cuando el puerco ese ya esté enterrado, Lesly y yo nos vamos a correr una juerga por todo lo alto para celebrarlo. Porque verá, si usted me dice que se ha encaprichado de mí, y me cae bien y, es simpático, en fin, todo eso, pues bueno, lo hacemos y los dos lo pasamos bien. ¡Pero aquel bicho...! Se lo diré bien claro: que lo entierren, y aquí no ha pasado nada. ¿Comprende?

—Para no querer hablar, yo diría que se ha disparado usted, cariño. ¿Qué tal si le ofrezco mil dólares por acostarse conmigo?

—Se los mete usted en el culo —exclamó Rebeca McGuillicudy.

—En ese caso —suspiró Jerome—, siga con el masaje, por favor... ¡Qué gusto!

CAPÍTULO VI

HAY RATOS BUENOS Y RATOS MALOS...

—Esto no es propio de usted, señor Jerome —refunfuñó Gus—. ¿Por qué tenemos que hacer semejante cosa?

—Porque yo lo digo —dijo plácidamente el periodista—, Y si yo lo digo, se hace, porque ¿quién manda aquí?

—Hombre, usted, pero...

—Donde hay patrón no manda marinero, es cierto —gruñó Archie—. ¡Pero es una putada lo que nos está haciendo, patrón!

—El gorila de mar tiene razón: ¿quién va a querer molestar a dos ancianitas?

—Tal vez nadie —encogió los hombros Jerome—, pero a mí se me ha ocurrido pensar que alguien podría querer hacerlo, de modo que vosotros vais a dedicaros a protegerlas. Ya os he dado la dirección de cada una, de modo que vais allá y me respondéis con vuestra cabeza de que no les ocurre nada.

—¿Y cuántos años tienen?—masculló Gus—. ¡Porque para que usted las llame ancianitas deben ser un par de momias!

—Hombre, la edad exacta no os la voy a decir —rió Jerome—, pero lo seguro es que ni la señorita McGuillicudy ni la señorita Travers tienen dieciocho años.

—¡Y encima las llama señoritas! —se dolió Archie—. ¡Se está burlando de nosotros, Gus!

—Seguro. Deben ser dos damas de cuando el Mayflower llegó a América. ¡Vaya jugada, dejarlo aquí solo y marcharnos a cuidar de dos cacaúas!

—Bueno, ya estoy harto de oíros. Largaos a cuidar de esas dos mujeres y en paz. Y vigilad bien. ¿No ha llamado Cecil?

—No. ¡Patrón, se me acaba de ocurrir una idea! —exclamó Archie.

—¡Oh, no! —puso los ojos en blanco Jerome.

—¡Que es muy buena, patrón!

—¡Qué ha de ser buena una idea tuya, tiburón borracho! —rechazó Gus—. ¡Tú, la única idea buena que podrías tener, es morirte!

—¡Cierra la trampilla, que te huele el aliento, meón!

—¿A mí me huele el aliento? ¡A ti sí que te huele el aliento! ¡A ti te huelen hasta los ojos, so batracio!

—¡Mira quién habló, con la cara de sapo que...!

—Largo de aquí — gruñó Jerome, interviniendo—. Lleaos cada uno un coche, naturalmente. Y los walkytalky. Y las pistolas.

—¿Las pistolas también? —se quedaron mirándolo Gus y Archie.

—Por si acaso.

—¡Caray! —exclamó Gus.

—Y no descuidéis el radioteléfono del coche, pues puedo llamaros en cualquier momento.

—¿Eso quiere decir que podría necesitarnos, patrón? —saltó Archie—. ¡Porque si es así, precisamente mi idea resolvería...!

—Las ideas las pongo yo —comenzó a irritarse Jerome—. ¡Maldita sea, marchaos ya, no quiero que esas mujeres estén más tiempo solas!

—Recuerdos a tu viejecita, Archie —rió Gus.

—¡Y tú a la tuya, renacuajo de orinal!

Jerome soltó un bufido, se puso en pie y abandonó el salón, metiéndose en su despacho, desde dónde estuvo llamando por teléfono a Cecil Irwin sin conseguir localizarlo. Recurrió a todos sus amigos del Police Department sin resultado alguno. Irwin estaba trabajando y no había modo de localizarlo.

Cuando regresó al salón, Gus y Archie ya se habían marchado. Jerome se tumbó en el sofá y quedó pensativo. Muy bien: ¿quién podía haberles metido el miedo en el cuerpo a Rebeca McGuillicudy y a Lesly Ann Travers? Ellas habían sido sinceras con él a medias. Le habían dicho lo que les habían dicho a ellas que podían decir, pero, indudablemente, sabían más de Melvin Selincourt. Pequeñas cosas, desde luego, pero tenían que saber más. ¿Qué harían ellas ahora? Al parecer, sólo tenían dos opciones: una, seguir su vida normal, I como si nada hubiera ocurrido, y dos, asustarse y escapar.

Todavía quedaba una tercera opción ante la cual se había encontrado Jerome no pocas veces en su vida, y era por ésta que había enviado a Gus y Archie a proteger discretamente a las dos «ancianitas»: que alguien decidiera en un momento dado que, en definitiva, el mejor modo de que Rebeca y Lesly Ann permanecieran sin decir nada de lo que sabían era silenciarlas para siempre.

Pero entonces, si una masajista y una secretaria habían podido llegar a saber cosas inquietantes, ¿qué habría llegado a saber la esposa de Melvin Selincourt, o la hijastra, o cualquier otro miembro de la familia de Julie y Sheila?

Como si estos pensamientos fuesen una invocación, sonó la llamada a las verjas de la quinta. Jerome miró por el circuito de televisión y alzó las cejas, gratamente sorprendido, al ver en la pantalla la imagen de Sheila Cameron.

—¿Pol quién pleguntal? —inquirió con tono cómicamente oriental.

—Por el señor Callaghan. Abra, por favor.

—¿Quién sel usted? Señol Callaghan no lecibil mujeles, señol

Callaghan sel malicón peldido. No gustal mujeles, no, no gustal.

En la pantalla se veía el bellissimo y atónito rostro de Sheila, que de pronto se echó a reír de buena gana.

—¡Rocky, sé que eres tú! —dijo entre risas—. ¡Ábreme!

—Peligro, peligro: chinito estal caliente, así que si chinito ablii, chinito tilalse mujel blanca...

—¡De acuerdo! —se partía de risa Sheila—. ¡Oh, vamos, abre de una vez!

Jerome pulsó el abridor de la verja, cerró el portero vídeo y salió de la casa. Encontró a Sheila en el sendero, todavía riendo. Al verlo, la muchacha rió aún más, corrió hacia él y se colgó de su cuello, besándolo en la boca golosa y gozosamente.

—¡Y ahora —dijo, tomando aliento—, vamos a ver si es verdad que el chinito está caliente!

—Precisamente acabo de darle permiso. Por cierto, ¿cómo sabes tú que tengo un cocinero chino?

—¡Sé que eras tú! ¡Hacía tiempo que no me reía tanto!

—Y tal vez no ríes en el momento apropiado —sugirió Jerome.

—Si lo dices por la muerte de Melvin, olvídalo. Deja de insistir en eso, ¿quieres?: te aseguro que nadie va a llorar por él. Mi madre un poco, pero cuando se dé cuenta de lo bien que se, está sin él, lo celebrará. Rocky, quiero que lo entiendas: ha muerto un mal bicho. Invítame a algo.

—¿Whisky, leche, Coca-Cola, champaña...?

—¡Siempre champaña, siempre!

—Ah, sí, lo había olvidado. Espero tener alguna botella en el refrigerador. Pero, Sheila, puedo tener que marcharme en cualquier momento.

—Ya verás cómo no te querrás marchar —susurró ella.

Estuvieron mirándose fijamente unos segundos. Por fin, Jerome asintió, la tomó por la cintura y se encaminaron hacia la casa. Sheila se mostró adecuadamente cortés elogiando algunas cosas de la magnífica casa de Jerome, pero también se mostró decidida y clarísima cuando, interrumpiendo a Jerome en una explicación sobre un cuadro, dijo:

—¿Dónde está tu dormitorio?

—Arriba, naturalmente. Subamos, te lo...

—Tú ve a buscar el champaña: te espero en el dormitorio.

—No sabes cuál es. —Apuesta a que lo encuentro.

* * *

—¿Cómo lo encontraste? —preguntó Jerome, dos horas más tarde.

—¿El qué? ¿Nuestro asunto? ¡Fabuloso!

—Mi dormitorio —rió el periodista.

—¡Oh! Ah, bueno, busqué en los armarios, y cuando vi tu pijama supe que era tuyo. Por cierto —Sheila abrió mucho los ojos—: ¿tienes elefantes que se ponen pijama en casa?

—Sólo son dos amigos que viven conmigo. Un poco altos y fuertes sí que lo son.

—¿Dos amigos? ¡Rocky! ¡No será cierto lo que me dijo el chinito!

—Desde luego que no. Soy macho, remacho y retemacho.

—Es verdad —suspiró Sheila—. ¡Has estado colosal! ¿Sabes lo que me gustaría ahora?

—¿Qué?

—Beberme a medias contigo otra botella de champaña y hacerlo otra vez. ¿Tienes más champaña?

—No te lo terminarás nunca.

—¿Y fuerzas para el cuarto?

—Eso ya es otra cosa. Cariño, ¡eres un tornado!

—Pero lo has pasado bien conmigo, ¿a que sí? —rió Sheila.

Jerome sonrió, besó a Sheila en el hueco de la garganta y acarició suavemente sus hermosos pechos. Desnudos ambos en la cama del dormitorio del periodista, la stampa de la muchacha no podía ser más espléndida y vital. Sus cabellos, que a media tarde habían reflejado el resplandor del sol, ahora ya prácticamente de noche adquirirían una tonalidad más suave, apacible, tierna.

—Eres encantadora —aseguró Jerome.

—Bueno —casi tartamudeó ella—, pero no me beses aquí, que me enciendes toda... ¡Y no me toques de ese modo!

—Será mejor que vaya a buscar el champaña —rió Jerome, besándola ahora en un hombro.

—No, deja, yo iré —pidió ella, saliendo rápidamente de la Cama—. Tengo que ir aprendiendo a caminar por tu casa. ¿O no?

—No tengo inconveniente en eso —alzó las cejas Jerome—, pero tampoco hay prisa, y no es necesario que...

—¡Qué te digo que voy yo! —dijo un golpecito en el suelo Sheila con un pie.

—Bien, bien, pero ¿a qué viene tanto empeño?

—¿Sabes cuál es la ilusión de mi vida desde hace algunos años? Te vas a reír.

—Me gusta reírme —aseguró Jerome—. ¿Qué ilusión es ésa?

—Pues tener en la cama a un hombre hecho, derecho, velludo, con bigote, que me haga sentirme hembra y feliz, y que se quede como un pachá esperando que yo le sirva el café.

Realmente, Jerome no podía contener la risa.

—¡De acuerdo! —exclamó—. Pero ni tengo bigote ni lo que espero de ti ahora es café, sino champaña.

—Bueno, no todo puede ser perfecto —frunció el ceño Sheila, poniéndose un pantalón de pijama de él, que le servía de envoltorio de lo más extraño de cintura para abajo—. Además, nosotros preferimos el champaña, y en lo del bigote, pues... ¡te lo dejarás a partir de ahora!

—Ojalá el mundo se pudiera arreglar tan fácilmente —suspiró Jerome.

—¡No te escapes! —le amenazó ella con un dedo.

Salió del dormitorio realmente como un tornado rubio, agitando su espléndida cabellera y sus bellísimos senos, descalza, pero pisando tan firme como si se propusiera agujerear el suelo. Ver a Sheila Cameron era sentir la vida y la alegría de vivir, la fuerza de la salud física y mental. Jerome suspiró, y se estiró placenteramente en la cama.

Muy bien, lo cierto era que hacía tiempo que no andaba con chicas. No porque no le gustasen, de eso ni hablar, sino porque era muy selectivo. Quizá demasiado. Por ejemplo, Gus y Archie veían una mujer con buenas molas y los dientes sanos y limpios, y allá que iban de cabeza, sin más. Claro que quizá tenían razón ellos, porque tampoco se trataba de firmar contrato para toda la vida, pero, en cualquier caso, él era muy selectivo, es decir, muy exigente. Con una chica como Sheila, bueno, pero no con cualquiera. Y claro, ¿cuántas chicas de la clase de Sheila Cameron se podían encontrar? Pues eso: una... de cuando en cuando. Muy de cuando en cuando.

Encendió un cigarrillo. Lo cierto era que llevaba tiempo necesitando una tarde como aquélla. Es más, la terapia, para ser efectiva, tendría que durar un buen tiempo. Besar a una chica como Sheila, dormir con ella, sentirla latir en sus brazos...

Justo en el momento en que apagaba el cigarrillo en el cenicero de la mesita de noche pensando que ella tardaba mucho, y se disponía a saltar de la cama para bajar a la planta a buscarla, oyó las pisadas de los descalzos pies fuera de la habitación, acercándose.

—¡Empezaba a pensar que te habías perdido! —exclamó—. Y no era tan difícil encontrar el champ...

No dijo nada más. Sheila había aparecido en la puerta del dormitorio y, al verla, Jerome palideció y se atragantó, sentándose de un tremendo salto en la cama. Sheila estaba ahora completamente desnuda, se veían claramente las señales de golpes en su cuerpo, y todo su rostro estaba bañado en sangre y en lágrimas, que hasta entonces habían brotado silenciosamente. Pero la muchacha explotó justo entonces:

—¡Rocky, mira lo que me han hecho! —sollozó—. ¡Mira cómo me han pegado!

Tenía sangre hasta en la cabellera. Jerome la contemplaba con expresión desorbitada. Y sin darle tiempo a más reacción, los tres

sujetos entraron detrás de Sheila en el dormitorio, descalzos..., pero empuñando cada uno una pistola provista de silenciador.

—¡Dinger! —llamó uno de ellos—. ¡Todo está bien, sube con los zapatos!

Sheila había corrido hacia la cama, y Jerome reaccionó por fin, a tiempo de salir del lecho y recibir a la muchacha en brazos, sin preocuparse en absoluto por la sangre. La abrazó cariñosamente, y le apartó de la cara los cabellos llenos de sangre. A Sheila Cameron le habían partido un pómulo, los labios, y la ceja izquierda, aparte de golpes varios que sólo habían causado hematomas, más pequeños que en el cuerpo, especialmente en los costados y en los senos, pero no menos dolorosos. Los ojos de la muchacha se estaban hinchando y cerrando, y parecía que sólo las lágrimas, ahora a escape libre, los podía mantener un poco abiertos.

—¡Rocky, Rocky! —seguía sollozando.

—Tranquilízate —pudo susurrar Jerome—. Tranquila, cariño, todo irá bien.

Se estremeció al pensar cómo habían ido las cosas abajo, en la cocina. La casa era lo bastante grande para que lo que sucediese en la cocina quedase fuera del alcance auditivo de los que estaban en el piso de arriba, pero, además, posiblemente la habían amenazado con matarla si emitía un solo gemido, el más leve ruido. Se imaginó a cuatro hombres sujetando y golpeando a una muchacha desnuda, partiéndole la cara...

En aquel momento aparecía el cuarto sujeto, el llamado Dinger, cargado con tres pares de zapatos, que depositó en el suelo. Miró a Callaghan y sonrió perversamente.

—Me parece que se le ha terminado la diversión, señor Callaghan.

—Siempre pasa —dijo serenamente Jerome—: todo termina. En la vida hay ratos buenos y ratos malos, ya se sabe.

—Es usted todo un filósofo... ¡Y tú, zorra, deja de llorar o te vamos a arrancar esa maldita lengua!

Sheila se atragantó y quedó silenciosa y estremeciéndose fuertemente en brazos de Jerome. Los otros tres tipos se estaban poniendo rápidamente los zapatos. Habían tomado muchas precauciones para sorprenderle, y Jerome comprendió pronto por qué: lo querían vivo, y temían (con razón aunque sin saberlo) que si Callaghan les oía podría prepararles un buen recibimiento. Cosa que no había podido ser.

—¿Qué? ¿Estáis ya? Bueno, pues seguir con el juego. A él dadle fuerte en los cojones, y a ella partidle los dientes...

—Esperen un momento —murmuró Jerome—. ¿Qué es exactamente lo que quieren ustedes?

—Me gusta usted —dijo Dinger, guiñando un ojo—. Lo que

queremos es saber qué le ha estado contando la zorra esta mientras se daban un atracón de sexo. Ella dice que nada, pero usted quizá será más inteligente y nos dirá qué le ha contado ella. ¿De qué han estado hablando?

—No hemos hablado mucho. Y lo que se ha dicho era circunstancial y adecuado a las circunstancias.

—Oiga, usted sí que se explica, ¿eh?

—Es mi trabajo: explicar cosas, escribir.

—Y meter sus narices en asuntos ajenos, ¿no?

—Suelo hacerlo, pero no en este caso. Me enviaron una invitación a la fiesta, por eso fui. Y ni antes ni ahora, Sheila me ha dicho nada que deba preocupar a nadie.

—De modo que sólo ha estado haciendo el amor.

—Sí.

—Se le va a caer el pelo, señor Callaghan.

—Les estoy diciendo la verdad. Además, ¿qué esperan ganar dándonos unos golpes a nosotros? La policía ya está metida en esto, y...

—¡Bah, la policía! ¡La policía va por ahí dando palos de ciego y nunca encontrará nada! Pero usted, amiguito, se trae nada menos que a Sheila a su cama, y pretende que nosotros creamos que ella no le ha dicho nada. ¿También tendríamos que creerlo si nos dijera lo mismo de Julie?

—De manera que el que molesta soy yo porque tengo... buenas relaciones con Sheila —susurró Jerome.

—Usted lo entiende todo. Bueno, conque no le ha dicho nada, ¿eh? No importa, porque de todos modos lo vamos a eliminar, pero antes queremos estar seguros de que es cierto que ella no le ha dicho nada y usted a su vez no ha llamado a alguien por teléfono. ¿Y bien, tío listo?

—No me ha dicho nada. Y ustedes son unos cobardes y unos maricas por pegar así a una mujer.

—Oiga —se pasmó uno de los sujetos recién calzados—: ¿nos está insultando?

—¿A ti qué te parece, hijoputa? —preguntó Jerome.

El otro lanzó un bramido y se abalanzó contra él..., mientras Jerome apartaba a Sheila empujándola sobre la cama, y acto seguido lanzaba un patadón con el empuje. Alcanzó al sujeto justo en los genitales, y el hombre palideció, saltó en el aire y cayó como fulminado, con los ojos poco menos que fuera de las órbitas.

Jerome se dejó caer de rodillas, alargó la mano hacia la pistola que había soltado el sujeto golpeado..., y un pie cayó sobre su mano, mientras una pistola golpeaba en lo alto de su cabeza. Le pareció que dentro de ésta explotaba un trueno, y que ante sus ojos se encendían mil relámpagos. Ni siquiera sintió el rodillazo en la boca que lo tiró de

espalda lejos de la cama. Oía, como de lejos, eso sí, los gritos de Sheila, pero no estaba muy seguro de ninguna otra cosa más.

Tuvo la sospecha de que estaba de pie, sujeto por ambos brazos, y con un tipo malencarado frente a él, y la sospecha se confirmó cuando recibió el puñetazo en la boca del estómago. Fue un puñetazo impresionante, que le hizo sacar el champaña ingerido antes y llenó su boca de amargura. Dos puñetazos en la boca se la llenaron también de sangre, y un tercer golpe, ahora en la frente, le abrió una ceja, que pareció una pequeña catarata roja sobre su ojo.

Con el otro ojo, vagamente, vio al tipo del golpe en los testículos en alguna parte, golpeando a Sheila en el vientre para quitársela de encima. Atiza, llegó a pensar, el tornado se ha puesto a luchar para defenderme...

—¿.. oye, cabrón? —oyó, abrió bien los ojos, y vio el rostro del tal Dinger frente a él, convulso de rabia—. ¡Díganos lo que queremos y dejaremos de golpearle! De lo contrario, lo vamos a violar a usted y a su puta amiga.

—Tú sí que eres... una puta asquerosa... cómo tu madre —jadeó Jerome y escupió sangre, fuertemente, al rostro de Dinger.

Y sin más, como en una de esas películas malas en las que siempre gana el protagonista guapo por difíciles que tenga las cosas, alzó de nuevo la pierna y acertó de lleno también en los testículos a Dinger, que aulló y retrocedió para caer de rodillas, mientras Jerome giraba la cabeza hacia su izquierda y, con la frente, golpeaba en la nariz al hombre que le sujetaba el brazo de este lado: El hombre gritó, le soltó y Jerome le empujó, metió la mano derecha bajo la axila izquierda del hombre y le quitó la pistola, con la que le partió acto seguido la nariz como si fuese de hojaldre. Presintió el ataque del otro, que le había soltado el brazo derecho y le vio ya apuntándole con la pistola.

Jerome se dejó caer de rodillas y disparó a su vez.

Vio reventar el ojo del sujeto, que saltó como un pelele y cayó sobre la cama. Jerome disparó contra la única lámpara que había encendida en el dormitorio, y se deslizó en busca de Sheila, mientras oía los apagados «plop, plop, plop» de algunos disparos y, en seguida, la orden jadeante:

—¡No disparéis, nos vamos a matar entre nosotros!

Jerome chocó con algo, tanteó con la mano izquierda y percibió la forma de un pecho de Sheila...

Fuera, en el jardín, aparecieron varias luces, y un claxon comenzó a sonar, y en seguida otro.

Jerome agarró a Sheila como pudo y la arrastró hasta tocar pared, en la cual se recostó de espaldas y, manteniendo y abrazada a la muchacha con el brazo izquierdo y la pistola en la mano derecha, esperó lo peor de lo que podía ocurrir: que alguien tuviera la simple

idea de encender otra luz, le vieran, y, aunque él tuviera tiempo de cargarse a otro, lo acribillaran abrazado a Sheila Cameron.

Bonita muerte..., aunque un poco indecorosa, desnudos ambos...

Oía jadeos y maldiciones en alguna parte cerca de él, pero no quería disparar. Si hubiera estado solo y libre de movimientos lo habría hecho, y se habrían enterado de quién era Jerome Callaghan, pero sabía que cualquier fallo suyo significaría no sólo su muerte, sino la de Sheila. Así que les dejó moverse, maldecir y arrastrarse en la oscuridad, y luego los oyó salir y bajar precipitadamente.

Luego, el silencio, que duró menos de un minuto. Desde abajo llegó el vozarrón de Gus Ugly Skinner:

—¡Señor Jerome! ¡Sabemos que está en casa, porque no ha retirado la serial! ¡Salga, traidor! ¡Conque unas viejecitas!, ¿eh?

Algo que podía parecer una sonrisa vagó por los labios de Jerome Callaghan. Luego, de repente, tuvo la sensación de que su cabeza se lanzaba al espacio girando enloquecida, llena de silbidos, y que finalmente, tras estallar, se sumergía en las tinieblas.

CAPÍTULO VII

GUS Y ARCHIE SE ENFADAN UN POCO

Comenzó a manotear, como nadando, y pronto supo que su reacción era la lógica: se estaba hundiendo en el mar, eso era... Segundos después, le pareció menos terrible la cosa. Finalmente, se encontró de pie ante la ducha de su cuarto de baño, cuya agua le daba de lleno en la cara y el pecho.

—Ya ha despertado-oyó la voz rugiente de Gus—. ¡Cuidado con él, Archie!

—Tranquilo. Lo tengo bien sujeto.

Jerome asintió. Escupió agua. Junto a él vio la cabezota de Gus, en cuyos ojillos de ratón simpático la angustia estaba dando paso al alivio. El ex púgil terminó por sonreír.

—Eh, señor Jerome, ¿qué tal?

—Gus... ¿Dónde está Archie, está...? —Estoy detrás de usted, patrón, sosteniéndole —sonó junto a su oreja la voz de Archie.

—Ayudadme a salir. Ya estoy bien..., creo.

Le ayudaron a salir de la bañera, Archie empapado, pues se había metido en ella con zapatos y todo. Jerome tuvo un instante la sensación de hallarse en la cubierta de un barco en alta mar. De pronto, exclamó:

—¡Sheila!

Salió disparado del cuarto de baño y vio a Sheila en la cama, y junto a ella a Rebeca McGuillicudy y Lesly Ann Travers, que se volvieron a mirarlo todavía sobresaltadas, y no ciertamente por su desnudez. El dormitorio estaba hecho un desastre, con manchas de sangre por todos lados, pero Jerome ni siquiera se fijó en eso.

—Gus, ayúdame —murmuró el periodista.

—Será mejor que no la toque, señor Jerome —dijo Gus—. Hemos avisado al médico, y también va a llegar el capitán Irwin de un momento a otro. Se enteró finalmente de que usted le estaba buscando, llamó y cuando le dijimos lo que habíamos encontrado aquí dijo que llegaría en cuestión de minutos. Ya debe estar al llegar.

Jerome asintió, pareció a punto de tocar a Sheila, desistió, y se sentó en el borde de la cama junto a la muchacha, que seguía inconsciente. De repente, miró a sus dos amigos, que le contemplaban sombríamente.

—¿Y vosotros qué hacéis aquí?

—Pues veré, patrón —dijo Archie—, mi idea era que en lugar de estar separados los tres invitáramos a las abuelitas a venir a casa, y así estaríamos juntos. Se lo propuse a Gus por walky-talky después de mucho perder el tiempo cada uno por nuestro lado, y Gus dijo que era buena idea, y que probase yo a ver si mi abuelita aceptaba, así que subí a hablar con la señorita Travers, y cuando le dije que si usted nos había colocado a Gus y a mí para protegerlas era que la cosa iba en serio, aceptó a venirse a casa. Y entonces pasamos a recoger a la señorita McGuillicudy. Y nos vinimos a casa con ellas.

—¿No visteis a nadie en el jardín?

—No. Pensamos que usted se había olvidado de encender las luces, pero no sospechamos nada preocupante. ¿Qué ocurrió?

—Creo que maté a un hombre —murmuró Jerome—. Le explotó el ojo, así que debí acertarle en el cerebro.

—Dios bendito-gimió Lesly Ann Travers.

—Patrón, debería abrigarse un poco —dijo Archie—. Y ponerse algo en la cara. Está sangrando.

—¡Como yo agarre a esos sujetos...! —alzó los brazos

Gus con tal gesto y fiera que las dos magníficas mujeres palidecieron.

—Menos alboroto —gruñó Jerome—. Eran cuatro y... ¡Dios! ¡La señora Selincourt!

—¿Qué, qué, qué? —bramó Archie, mirando como enloquecido a todos lados.

—¡La madre de Sheila! ¡Puede que hayan tenido la idea de ir a por ella! ¡Quedaos aquí, yo voy a...!

—¡Y un huevo! —saltó Gus, lívido de rabia—. ¡Si usted se va, nosotros vamos con usted! ¡Ya ver si consigue convencernos de otra cosa!

—Está bien. Archie, prepara el coche. Gus, coge algo de ropa mía del armario y vámonos... Vosotras no os mováis de aquí. Vendrá el capitán Irwin, al que ya conocéis. Decidle que le llamaré en cuanto me sea posible, pero que mientras tanto quiero que destine varios hombres en esta casa para protegeros a las tres. ¿Lo habéis entendido?

Ni les dio tiempo a contestar. Salió a toda prisa del dormitorio, con Gus detrás, llevando en los brazos un puñado de ropas y un zapato en cada bolsillo.

* * *

Cuando estaban llegando a la quinta de Selincourt, Jerome ya estaba vestido y calzado, y había explicado a sus amigos lo sucedido. Le dolía todo, y tenía que utilizar el pañuelo para restañar la sangre

que de cuando en cuando brotaba de su ceja, pero no estaba dispuesto a darse por vencido.

Las verjas de la quinta estaban abiertas, así que Archie, sin más, se metió dentro, pero detuvo el coche, sacándolo del sendero a una indicación de Jerome, y en seguida apagó las luces y el motor.

—¿Por qué hacemos esto, patrón? —preguntó Archie.

—Porque si ya están en la casa, no quiero alarmarlos con nuestra presencia, y si todavía no han llegado quiero que entren, no que al ver nuestro coche se marchen.

—Voy a echar un vistazo alrededor de la casa, señor Jerome.

—Yo también —dijo Archie—. Usted quédese aquí, patrón.

Gus le puso a Jerome su automática en la mano y salió del coche. Jerome quedó relajado en el asiento. De momento podía moverse con cierta soltura, pero sabía que al día siguiente no podría hacerlo, seguramente tendría, que quedarse en cama. Porque ser el protagonista, el guapo y el bueno de la película, y hasta tener la suerte a toneladas está bien, es aceptable, pero andar por ahí tan campante después de recibir una paliza de órdago, ya no es aceptable. En cuanto a Sheila, tardaría no menos de una semana en volver a presentar un aspecto mínimamente aceptable, y otras dos en volver a la normalidad. Pero con eso no había problemas: la vida es larga... para algunos, claro.

Sólo para algunos.

Por ejemplo, en aquellos momentos la vida de alguien se estaba extinguiendo rápidamente, como la llama de un cabo de vela.

Sí, las cosas estaban a punto de suceder...

Cerca de la casa, Archie y Gus, escondidos tras los arbustos que bordeaban la explanada destinada a coches en días de fiesta, contemplaban el coche estacionado al pie de la presuntuosa escalinata de la quinta. No había nadie dentro del coche, pero las luces de posición estaban encendidas.

—¿Y si estuvieran dentro de la casa? —susurró Archie.

—Pues si estuvieran dentro de la casa tendrían que salir —dijo Gus.

—Jo, jo, jo —rió también por lo bajo, pero gozosamente Gus.

—Vamos para allá —dijo en seguida Archie—. Y aprovecharemos para mirar bien en el coche. El patrón dice que liquidó a uno, así que quizá le llevan en el coche todavía.

—Hay gente tan burra que quizá lo estén haciendo así —asintió Gus—. Y si llevan un muerto dentro del coche es que son ellos, ¿verdad, Archie?

—Verdad, Gus.

—Pues vamos a ver el coche.

—Pues vamos.

Salieron disparados, con una agilidad que habría pasmado a gente

poco avisada respecto a las facultades físicas de un hombre de cuarenta años que se entrena diariamente. En unas zancadas se plantaron junto al coche, Gus sentado ante el volante y Archie acucillado a su lado. Gus retiró las llaves del contacto y se las tiró a las manos a Archie, que caminando con el paso de la oca se desplazó hacia la parte de atrás del vehículo, abrió el capó con una de las llaves, y echó un vistazo al maletero.

Ni se inmutó al ver el feísimo sujeto con la cara llena de sangre y un ojo convertido en un repugnante cráter de sangre que yacía, convertido en arrugado cadáver, en el maletero. Archie cerró éste, y de nuevo con el paso de la oca regresó junto a Gus, que sacaba la cabeza por la ventanilla, y que preguntó:

—Oye, ¿vas a poner un huevo o qué?

—Ya he puesto dos.

—¿Sí? —abrió mucho los ojos Gus—. ¿Dónde están?

—Aquí —se llevó Archie una mano al pantalón.

—¡Huy! ¡De éstos también yo he puesto dos! ¡Y más bonitos!

—Pon las llaves en su sitio y sal de ahí.

—No me lo digas —relucieron perversamente los ojillos de Gus—. ¡Archie, no me digas que hay un muerto en el maletero, o sea, que hemos encontrado a los tipos que han pagado al señor Jerome!

—Bueno, pues no te lo digo.

Gus puso las llaves de nuevo en el contacto, y salió del coche. Echaron a correr los dos escalinata arriba, y se apostaron a los lados de la puerta. Archie la empujó. Estaba cerrada.

Y en el momento en que se consultaban con la mirada respecto a lo que procedía hacer dada la situación, la puerta se abrió, dejando escapar un raudal de luz que se tragó la del porche y los farolillos del jardín.

—¡.. cuanto antes! —tronó una ¡voz de hombre.

Salió un sujeto de la casa, y pisándole los talones otros dos, que llevaban entre ambos a Julie Selincourt, con él vestido desgarrado y señales de golpes en la cara, sellada su boca con un trozo de esparadrapo.!

En un instante la situación cambió radicalmente: Gus se colocó frente a Dinger y le puso la boca de su pistola en la frente. Archie extendió el brazo, y su arma cubrió cualquier movimiento que pudieran intentar Crowles y Horgan, los dos hombres que casi arrastraban a Julie Selincourt.

Los tres matones respingaron y quedaron lívidos, lo que divirtió muchísimo a Gus y Archie. Este preguntó:

—Por favor, caballero: ¿podría decirme qué hora es?

Dinger tragó saliva, y masculló:

—¿Quiénes son ustedes?, ¿qué quieren?

—Sólo saber la hora que es. De verdad.

—Y será mejor que nos la diga, amigo —aconsejó Gus, que no tenía ni idea de lo que tramaba Archie.

Dinger miró con gestos cauteloso y nada bruscos su reloj de pulsera, y murmuró:

—Las diez menos veinte...

—¡Embustero! —rugió Archie j

Le disparó el puño izquierdo a la cara. Y sucedió algo realmente curioso: pareció que la cabeza de Dinger fuese la de un tornillo, que éste fuera el cuello y que estuviese girando. El impacto fue tan bestial qué le partió la mandíbula, casi le desenroscó la cabeza, le partió el cuello y la cabeza, como si el tornillo fuese ahora de goma, regresó a su sitio mientras Dinger, girando, terminaba por caer de bruces dentro de la casa, pues sus amigotes, pálidos de muerte, se apartaron arrastrando a Julie.

Sin mirar su reloj, Gus dijo:

—Pues yo también tengo las diez menos veinte, Archie.

—Pero tú eres mi amigo, y puedes tener la hora que quieras.

—Eso sí —sonrió Gus—. Mira, Archie, está señora es la viuda del tipo que mataron, y conoce al patrón. Creo que se llama Selincourt.

—Anda, pues es verdad —dijo Archie—. ¿Cómo está usted, señora Selincourt?

—Hombre, no seas bruto —dijo Gus—: ¿no ves que está enfermita y que la llevan al dentista?

—¿Y tú cómo sabes que va al dentista?

—Porque lleva vendada la boca.

—¡Por cien mil tiburones, es cierto! Pero a lo mejor a la señora Selincourt se le ha pasado el dolor de muelas y ya no quiere ir al dentista. A lo mejor quiere volver dentro de la casa.

—Creo que tienes razón —asintió Gus—. Oye, Archie, querido amigo: ¿te importaría llevar dentro de la casa a la señora Selincourt mientras yo agradezco a estos dos enfermeros los servicios prestados?

—De acuerdo, Gus, amigo querido.

Suavemente, Archie se hizo cargo de Julie Selincourt, cuyos ojos estaban desorbitados, y entró en la casa, sin molestarse en cerrar la puerta. Crowles y Horgan miraban con expresión alucinada a Gus, que parecía una montaña que les cerrase el camino. Sonriendo, Gus metió la mano izquierda bajo la ropa de uno y otro, y les quitó las pistolas. Ninguno de los dos se atrevía ni a respirar, como suele decirse.

—Oigan-dijo Gus amablemente—: ¿ustedes y yo no nos hemos visto antes en alguna parte exótica?

—No —dijo Horgan—. No creo... No...

—¡Qué raro! Yo juraría que los vi a ustedes dentro de un retrete un día que no me encontraba bien, había bebido demasiado. ¿No

recuerdan?

Ninguno de los dos contestó, lo que pareció pasmar a Gus. Guardó su pistola, pasó una mano hacia la nuca de Crowles, y, fijándole de este modo la cabeza para que no retrocediera, le descargó en pleno rostro un puñetazo con la otra mano.

El rostro de Crowles estalló como un tomate, y eso fue todo, Gus retiró la mano de su nuca, y Crowles, sangrando hasta por los oídos, se desplomó hacia delante como muerto. Gus miró cariñosamente a Horgan.

—Oiga, amigo: ¿preguntar es hacer el ridículo? ¡Conteste!

—No... No, señor —jadeó Horgan.

—¿No quiere contestar?

—¡No es hacer el ridículo!

—Ah. Entonces, dígame: ¿por qué tiene usted esa cara de hijo de la grandísima puta?

Horgan ya no podía estar más pálido. Realmente, incluso le temblaban las piernas. Gus movió la cabezota, y señaló a Dinger y Crowles.

—Arrastre a esos dos dentro de la casa mientras piensa la respuesta. Luego, usted y yo sostendremos una educada conversación.

Dos minutos más tarde la situación estaba del siguiente modo: la señora Selincourt se había repuesto del susto y lloraba de alegría al saber que su hija sólo tenía desperfectos reparables. El mayordomo Al, al que Gus había recogido sin sentido en el vestíbulo, se había recuperado y se disponía a liberar a los demás criados, que habían sido encerrados en la bodega. Crowles y Dinger yacían en un rincón del salón, el primero hecho papilla, el segundo muerto. Sentado en un sillón, Archie paladeaba un whisky., Y de pie ante el aterrado Horgan, Gus le miraba con almibarada amabilidad.

—La conversación empieza así: ¿les enviaron a ustedes a matar al señor Callaghan?

—No, no. Nosotros sólo... |

—Amiguete —deslizó Gus—, si ¡de aquí en adelante dice usted algo que me parezca mentira!, lo va a lamentar. Repetiré la pregunta: ¿los enviaron a matar al señor Callaghan?

—Sí...

—¿Interviene algún tipo más como ustedes en esto? Quiero decir: ¿fueron contratados algunos más, aparte de ustedes cuatro?

—No, no.

Gus miró a Archie, que asintió, se puso en pie y salió del salón.

—¿Y qué tenían que hacer con la señora Selincourt y la señorita Cameron? —prosiguió con sus preguntas Gus.

—Bueno, a ellas debíamos... advertirles de que no dijeran nada a nadie del asunto, pero nos enteramos de que la señorita Cameron

estaba con Callaghan y entramos en la casa de éste, y... Bueno, cuando nos marchamos de allí vinimos a buscar a la señora Selincourt.

—¿Por qué y para qué?

—Queríamos... que ella llamara a su hija y le dijera que si decía algo a Callaghan o a alguien la mataríamos.

—Las cosas se les complicaron, ¿eh? —sonrió Gus.

Horgan no contestó, sombría la expresión.

—Y dígame una cosa, amigo: ¿quién les contrató a ustedes para esto?

—Patty O'Hara.

—Patty O'Hara —se asombró Gus—. ¿Una mujer?

—No. Es un hombre, pero es homosexual, y lo llaman Patty.

—Ya. ¿Y qué pinta ese maricón en esto? —Bueno, a él lo... lo contrataron otras personas para que sus hombres nos encargáramos de esto.

—Ajajá. ¿Y quiénes son esas otras personas?

Horgan tragó saliva.

—No lo sé. ¡Lo juro!

—Han sido ellos —dijo roncamente Julie—. ¡Sé que han sido ellos! Ya me advertieron de que no debía decirle nada a nadie del asunto, y que tenía que seguir poniendo dinero... ¡Han sido ellos!

—Se refiere usted, sin duda —dijo Jerome, apareciendo en el salón —, a tres de sus invitados: Carson Merrill, John Prestage y Jess Clements.

—Sí —le miró vivamente Julie, y respingó—. ¿Qué le ha ocurrido?

—No se preocupe por eso. Ni por nada. Todo está bien ahora..., y aún estará mejor. ¿Qué asunto traen entre manos esos tres tipos, en el que su marido también intervenía?

—Bueno, ellos..., ellos hacían... toda clase de negocios sucios, y en realidad era Melvin quien los dirigía. Se casó conmigo, empezó a utilizar el dinero de la familia, y pronto nos sorprendió ganando muchísimo con unas «inversiones» que decía realizar. Pero nos fuimos dando cuenta de que utilizaba el dinero de los Cameron para negocios sucios, como drogas, contrabando de toda clase, prostitución... Formaban un grupo sin escrúpulos. Yo le rogué a Melvin que no mezclara en esas porquerías a los Cameron ni el dinero de la familia, que no queríamos más dinero ganado así, que lo dejara todo... El dijo que la cosa ya estaba en marcha, y que lo que teníamos que hacer todos nosotros era callar y obedecerle, que quien mandaba era él y asunto terminado. Le dije que íbamos a avisar a la policía, y él..., él dijo que, si alguno de la familia hacía tal cosa, nos matarían a todos. ¡Señor Callaghan, estábamos entre la espada y la pared, no podíamos hacer nada!

—Comprendo su posición —asintió Jerome, se volvió y vio entrar al

mayordomo, acompañado de los demás criados, todos lívidos, todavía asustados—. ¿Alguna desgracia irreparable, Al?

—No, señor Callaghan —murmuró el mayordomo.

Jerome señaló la cabeza de éste, donde en la frente, cerca del cuero cabelludo, se veía ya un tremendo hematoma azulado que se iba hinchando.

—Parece que le dieron un buen golpe, Al.

—Sí, señor.

—Con tipos como éstos hay que andar con mucho cuidado —dijo Gus—. No se andan con miramientos con nadie.

—Gus tiene razón —dijo Jerome—: no debió usted resistirse a sus propósitos.

El mayordomo no contestó. Dirigió una mirada de odio al silencioso Horgan y fue a colocarse junto a Julie Selincourt. Jerome estuvo unos segundos mirando al mayordomo, y luego se dirigió hacia el teléfono.

—Será mejor que llame a casa para decirle a Cecil cómo están las cosas. ¡Y otra vez que me dejéis en el coche como un tonto mientras vosotros tomáis la iniciativa os acordaréis de mí!

—Lo hicimos para que descansara, patrón.

—¿Va usted a llamar por teléfono? —preguntó Gus.

—Ya he dicho que sí —gruñó Jerome.

—Entonces, será mejor que este sujeto no oiga la conversación: el mundo está lleno de espías y chivatos, señor Jerome.

Gus agarró a Horgan por el pescuezo, y el matón palideció horrorosamente y se apresuró a protegerse el rostro con ambas manos... Recibió en plenos testículos un rodillazo que lo dejó medio muerto, y cuando sus brazos protectores cayeron como si fuesen de goma, finalmente el puño de Gus le hundió la nariz en el pescuezo.

La servidumbre estaba aterrada. Al mayordomo le relucían los ojos como si estuviese hipnotizado. Julie estaba lisa y llanamente aterrada.

—Dejad ya de hacer el bestia —dijo Jerome, descolgando el auricular del teléfono.

Llamó a su casa, donde, en efecto, ya estaba Cecil Irwin, y estuvo conversando con él brevemente, sin darle la pista definitiva, ni mucho menos, según era costumbre entre ellos. Convinieron, eso sí, que Irwin acudiría inmediatamente a casa de Julie, y que aquí terminarían de enfocar el asunto para solucionarlo definitivamente.

Satisfecho, Jerome colgó. Y en seguida, exclamó:

—¿Dónde están Gus y Archie?

—Si se refiere a sus amigos, señor —dijo el mayordomo—, han salido de aquí de puntillas mientras usted hablaba por teléfono.

CAPÍTULO VIII

LA TRACA FINAL

Y es que cuando se tiene suerte, pues... se tiene suerte, y a ver quién discute esto, por tonto que parezca.

¿Acaso no era una suerte encontrarlos a los tres juntos? Porque vamos, haber ido encontrándolos sueltos por ahí, escondiéndose como ratas, habría sido normal. Pero, no. Evidentemente, todavía no se habían enterado de que las cosas les estaban rodando mal, y allá estaban los tres, en el elegante y distinguido Surfside Dinner.

Daba gusto verlos, tan bien vestidos con sus esmóquines flamantes. Y, además, sentadas a su mesa tenían tres preciosidades que tiraban de espaldas a cualquiera, también vestidas de noche, claro, con unos escotes de pecho y espalda que lo mismo daba que hubieran ido desnudas de cintura para arriba.

Y por supuesto, cenaban de lo mejor (ya estaban terminando, pues era bastante tarde) y bebían champaña. ¡Faltaría más! En fin, que componían un bello, alegre y adinerado cuadro.

Desde la entrada al comedor, Gus y Archie los vieron. Sí, señor, allá estaban, los tres juntos: John Prestage, Jess Clements y Carson Merrill, los tipos que ya conocieron en la fiesta a la que nadie había invitado a Jerome Callaghan.

Gus y Archie se miraron, y sin más cruzaron el comedor y llegaron a la mesa ocupada por los tres ex socios de Melvin Selincourt y sus amiguitas. Estas fueron las primeras en darse cuenta de que junto a su mesa se habían detenido dos montañas vestidas de esmoquin. Respingaron, vieron las carazas de Gus y Archie con algunos esparadrapos cerrando sus pequeñas heridas, y se quedaron con la boca abierta. Los tres pájaros del asunto vieron también, por fin, a los dos gigantes vestidos de esmoquin, y fruncieron el ceño.

—Hola —sonrió como el niño más bueno del mundo Gus Ugly Skinner—. ¿Cómo están, señores y putas de lujo?

Las chicas abrieron mucho los ojos. Los tres sujetos palidecieron.

—Oye, Gus —dijo Archie—, ¿no sería mejor que nos sentáramos?

—Buena idea, querido amigo.

—Las tuyas también son buenas, querido amigo.

—Gracias, amor.

—De nada, primor.

Se sentaron los dos, colocándose entre las muchachas. Dos camareros, a una seña de Prestage, corrían hacia la mesa, a la que llegaron al parecer dispuestos a sacar de allí a los intrusos. Uno de los camareros tendió la mano hacia Gus, que la miró, sonrió y la tomó, estrechándola amablemente.

—Yo muy bien, ¿y usted? —saludó.

—Hagan el favor de salir —dijo el camarero, retirando la mano de un tirón.

Gus y Archie se quedaron mirándolo amablemente. Luego, Gus se puso una mano tras una oreja y la adelantó, con gesto asaz impertinente.

—¿Cómo ha dicho? —inquirió, todo miel—. Perdone, es que soy un poco sordo, porque fui boxeador y me cascaron por todas partes. Repita, repita, señor: ¿qué ha dicho?

—Ha dicho —dijo Archie— que qué deseamos tomar, Archie.

—¡Ah! ¡Muy amable! —Gus sonrió de oreja a oreja—. Tomaremos champaña.

—Estupendo —Archie dirigió su maligna mirada de tiburón al palidísimo camarero—. Ya sabe, amigo: dos botellas de champaña, con copas limpias, y que esté bien frío. Ah, y nada de champaña francés, que digan lo que digan es una mierda. Nosotros queremos champaña de California. ¿Verdad, Gus?

—Verdad, Archie. ¡Viva California!

El silencio total se había hecho en el lujoso comedor. Archie miró a Prestage, Merrill y Clements, y sonrió. Fue lo mismo que si un tiburón enseñara sus hileras de dientes listo para arrancar una pierna de un mordisco.

—¡Oigan! ¿A que no saben de dónde venimos mi amigo Gus y yo? Pues venimos de ver a Patty O'Hara. Ya saben, ese maricón amigo de ustedes al que encargaron que enviara unos cuantos hombres a matar a un par de mujeres y a nuestro amado jefe y amigo..., ¡casi nuestro padre!

—Hombre —dijo Gus, vacilante—, en todo caso nuestro hijo, porque el señor Jerome es más joven.

—¿Qué más da? Nosotros lo hemos adoptado como padre, y ya está. A ver si no está justificado. Tú, prenda —le dio un manotazo en un pecho a una de las chicas—: ¿conoces a Jerome Callaghan?

—Yo..., yo no..., no creo tener el gusto...

—¡Pues tú te lo pierdes! Mira, es un tipo cojonudo. Verás cómo estaban las cosas hace un tiempo: mi amigo Gus y yo éramos unos golfos, y dicha sea la verdad, llevábamos muy mal camino. Y entonces, ¡zas!, aparece el patrón y nos dice que es una lástima que unos tipos como nosotros nos echemos a perder, que la vida es hermosa, que si esto, que si lo otro...

—¡Menudo rollo nos soltó! —bufó Gus—. ¡Se puso de pesado...! Y luego va y nos lleva a su quinta de Miami Beach, y nos dice que nada, que como si estuviéramos en nuestra, casa, y nos aposenta a cada uno en una habitación que parece de un palacio, nos compra coches, lanchas, yates, trajes, nos da dinero... ¡y encima de todo eso, el muy raro nos quiere! ¿Verdad, Archie?

—¡Huy! ¡Huy, si nos quiere! —agitó una mano Archie—. Pero nosotros le queremos más a él.

—Eso es verdad —alzó un dedote Gus—, Yo recuerdo una vez que unos tipos le zumbaron, y Archie y yo fuimos allá y los convertimos en escabeche. ¡Hombre, y ahora que recuerdo, esta noche ha pasado lo mismo! ¿Verdad, Archie?

—Verdad, Gus. Escuchen, escuchen esto —alzó los brazos Archie, llamando la cada vez más tensa atención de todos los presentes, como si estuviera en una amable tertulia—. Resulta que estos tres tipos son unos canallas a los que la policía está buscando, ¿saben? Tienen un amigo que se llama Patty O'Hara y que es maricón, el cual dispone de asesinos y matones de a centavo, de los que envió unos cuantos a fastidiar al señor Callaghan. ¡Huy, cuando nosotros nos enteramos de eso! ¿Eh, Gus?

—¡Huy! —dijo Gus—. Les hemos roto la cara por todos lados, y uno de ellos, el muy tonto, hasta la ha palmado. Luego nos fuimos a casa a buscar un par de cámaras Polaroid con una carga de placas, y de allí, ya vestidos de esmoquin, porque íbamos de fiesta grande, fuimos a buscar a O'Hara y su corte de maricones. ¿Quieren ver la que se armó? Pase las fotos, páselas, que lo vean todos.

Archie y Gus sacaron, en efecto, unas fotografías del bolsillo y las entregaron a los camareros, que, como autómatas, comenzaron a repartirlas. Las fotografías fueron pasando de mano en mano, y en seguida se oyeron excitados comentarios. Era una situación realmente insólita. Prestage y los otros dos parecían de piedra.

—Oye, Archie, que les enseñen las fotos también a ellos —dijo Gus.

—¡Hombre, claro! ¡Amigo, pásales las fotos a estos cerdos!

Una de las muchachas hizo intención de ponerse en pie para escapar de allí, pero Gus la agarró por un brazo. Las fotos llegaron a los tres canallas, que palidecieron ya a muerte cuando contemplaron la masacre. Se veía a Patty O'Hara «antes» y «después» del afeitado. Bueno, se veía que era O'Hara por la camisa floreada que llevaba, y que luego tenía mes flores rojas por todas partes. La nariz de O'Hara parecía estar ahora en una ceja, y su boca se había quedado sin dientes, parecía una atroz herida sangrante. Otras fotografías mostraban no menos de diez sujetos machacados a golpes y tirados por todas partes de un local con barra y máquinas tragaperras que había quedado convertida en un basurero...

—Pues esto —dijo. Gus, de pronto— no es nada comparado con lo que les va a pasar a ustedes. ¡Y ya basta de trato educado!

—¡Hombre, por fin! —estalló Archie.

No hubo opción. Nadie tuvo tiempo de nada.

Se pusieron en pie los dos. Gus agarró a Prestage por la solapa del cuello, lo alzó como si fuese un muñeco, lo agarró con la otra mano por el fondillo de los pantalones y lo aplastó de cara contra la mesa, es decir, metiéndole el rostro en el plato de comida, que saltó todo en pedazos. Archie agarró a Merrill por la cabellera, lo arrancó de la silla, dio un tirón que lo despegó del suelo, lo volteó sobre su cabeza, lo aplastó contra el suelo, y al rebote le reventó el estómago de un puntapié. Clements estaba tan aterrado que no había conseguido ni moverse. Gus agarró una botella de champaña, la blandió como si fuese una porra, y convirtió en harina los dientes de Clements, que cayó hacia atrás como muerto y salpicando sangre a todos lados corrió en un divertido concurso de surtidores. Prestage se removía en la mesa, con la cara convertida en un acerico de trozos de plato. Archie lo agarró, lo alzó, y se lo ofreció a Gus de cara, como si fuese un ramo de flores. Gus le aplicó dos bofetadas simultáneas, una con cada mano, y un chorro de sangre brotó impetuoso por la nariz de Prestage...

Se oían silbatos de la policía.

* * *

—¡Malditos seáis, malditos seáis y malditos seáis! —aulló Cecil Irwin, ante la celda de la que salían Gus y Archie.

—Hombre —sonrió Gus, estirando su impresionante musculatura—. ¡Pero si es nuestro amigo el capitán Irwin! ¿Cómo le va, vieja meona?

Irwin, que estaba lívido, palideció. Archie quedó pasmado.

—¿Vieja meona? ¿Por qué lo llamas vieja meona?

—¡Cómo! ¿No te lo había dicho? ¡Un día me encontré al famoso capitán Irwin en el cuarto de baño, y estaba orinando!

—Pero Gus, no se le puede llamar a un hombre vieja meona sólo porque orine, digo yo.

—Pero es que él no orinaba como todo el mundo, esto es, de pie ante el retrete y cantándole al pájaro, sino que había puesto un palo atravesado y estaba subido allá. «¡Teniente! —le dije, porque entonces era teniente—. ¿Qué cono hace usted subido ahí como una gallina?» Y me dijo: «¿Es que no vas a dejarme en paz ni siquiera cuando orino?» Y yo le dije: «¡Atiza, resulta que es usted una vieja meona, y yo creía que era una gallina poniendo un huevo!»

Archie miró a Irwin, y movió la cabeza.

—Desde luego hace usted unas cosas, capitán... Pero bueno, si le gusta que le llamen vieja meona, por mí no hay inconveniente. Oye,

Gus, ¿qué hora es?

—La hora de desayunar —dijo Gus, bostezando—. ¡Cono, qué bien he dormido en la cárcel, tu!

—Toma, claro: no hay nada como estar en lugar seguro, saberse protegido y amado...

—¡Fuera de aquí! —consiguió finalmente reaccionar Irwin—. ¡Largo! ¡Y decidle a vuestro amo que por mucho que vuelva a amenazarme la próxima vez que seáis detenidos, no saldréis de la cárcel en toda vuestra vida!

—Es usted un desagradecido, tío calvo —dijo Gus—. ¡Después que le entregamos a los asesinos de Melvin Selincourt y le hemos puesto en las manos uno de esos sensacionales asuntos del señor Jerome que siempre sirven para que usted adquiera fama, prestigio, grados y dinero...! ¡Porque menuda redada habrá hecho usted con todo este asunto, polizonte!

—Eso, sí —admitió Cecil Irwin.

—¿Lo ve, hombre? Hale, hale, deje de poner cara de perro pachón y venga con nosotros a casa, Le invitamos a desayunar, ¿Qué le parece?

—Hombre...

—¡Será caradura! —exclamó Archie—. ¡Encima tendremos que rogarlo!

Cecil Irwin suspiró hondamente. Con los ojos de la imaginación, vio la casa de su amigo Jerome, el jardín, la piscina... La cocina, con Jerome en bata o batín, desgredado y siempre con una broma y algo amable que decirle. Se vio a sí mismo discutiendo con Archie y Gus mientras (como casi cada día, aunque antes se habría dejado hacer rodajas que admitir que casi todos los días iba a desayunar con ellos) devoraba un succulento desayuno que Gus preparaba como nadie...

—Pues yo no pienso rogarle nada a nadie —decía Gus—. De modo que si quiere venir, que venga, y si no quiere venir, que se quede.

—¡Menuda idiotez acabas de decir!

—Oye, tú cara de calamar sifilítico —adelantó la barbilla Gus—: ¿a quién has llamado idiota?

—¿A quién va a ser, cara de escupitajo de ring? ¡A ti!

—¿A mí! ¿A mí! ¿A mí?

—¡A ti, a ti, a ti! ¿Qué pasa?

—¡Si no estuviéramos en el Departamento de Policía te ibas tú a enterar, mamón!

—¡Mamón tú y tu abuela!

—¡Deja en paz a mi abuela!

—¡Maldita sea! —aulló Cecil Irwin—. ¡He dicho que sí, que acepto ir a desayunar a casa de Jerome!

ESTE ES EL FINAL

—¡Y decía que eran unas ancianas! —gritaba Archie—. ¡Nos engañó como a dos tontos! ¡Imagínese cuando, subí a buscar a la señorita Travers, y esperaba encontrarme una vieja desdentada, y me sale aquella hembra! ¡Casi me caí de culo!

—Pues yo, no —dijo Gus—. Yo, cuando vi a Rebeca, me quedé un instante sorprendido, pero en seguida le pregunté: «¿Quiere que le limpie el sarro gratis, nena?» ¿Y qué diréis que pasó?

—¿Qué pasó? —se excitó Irwin—. ¿Qué pasó?

—Pues que se echó a reír, y dijo: «¡Pasa, pedazo de hombre, hace siglos que estoy buscando alguien como tú!» Oiga, y no se lo va a creer: entré, la abracé, la besé en la boca, y luego ella dijo que era perfectamente capaz de volverse loca por alguien como yo...

—¡A ti qué te han de decir eso! —rechazó Archie—, ¡Eso me lo dijo a mí Lesly Ann!

—Un momento, un momento —se mosqueó Irwin—. Antes de que empiece la pelea quiero saber una cosa: ¿os habéis acostado con ellas o no?

—Anda éste —le miraron estupefactos Archie y Gus—. ¡A ver si se cree que hemos hecho votos de castidad!

—Jerome —miró el policía a su amigo—, dímelo tú. ¿De verdad tienen tanto éxito este par de bestias inmundas?

—Total —dijo Jerome—. Las tienen locas, palabra. Nada más te diré que si yo no los hubiera sacado de la cárcel habrían ido a sacarle los ojos a tus hombres y a ti mismo.

—¡Pero cómo cono este par de brutos consiguen esto con unas tías tan buenas, y yo no me como una maldita rosca...!

Justo en aquel momento aparecieron en la cocina las señoritas McGuillcudy y Travers, en traje de baño. A Gus, Archie y Cecil se les salieron los ojos de las órbitas.

—Queridos —dijo la pelirroja—: ¿venís o no venís a la piscina? Pero ¡si todavía están comiendo!

—No, no —tartamudeó Archie—, ya vamos, ¡ya vamos! ¡Vamos, Gus!

—¡Vamos, Archie! —aulló Gus.

Salieron los cuatro riendo de la cocina, Cecil Irwin consiguió recuperarse, y miró con expresión de perro apaleado a Jerome.

—No lo entiendo. ¡Y encima se quedan a vivir aquí!

—No, hombre. Es sólo por unos días, para ayudarme a cuidar a Sheila, hasta que la llevemos a su casa...

—¡Y tú también te has traído una mujer a casa! ¡Esto ya no será nunca como antes!

—Ya lo creo que sí: en cuanto Sheila esté bien se irán todas. De cualquier modo, si no quieres que te presente a una masajista amiga de Rebeca que se interesó mucho por ti cuando le dije que eras calvo y capitán de la policía... Se llama Dulce Kervin.

—¡Dulce Kervin! Esto... no es una broma, ¿eh?

—Claro que no. Quedamos que la llamaría esta misma mañana, pero...

—¡Llámalala! ¡Jerome, llámala ahora mismo!

Jerome asintió, sonriente, y alargó la mano hacia el teléfono. En aquel momento apareció el mayordomo de los Selincourt en la cocina. Irwin se quedó mirándolo atónito.

—Perdonen —murmuró Al—. Me ha abierto uno de sus amigos, señor Callaghan, y me ha dicho que le encontraría aquí. Dijo que sentía mucho no acompañarme, y se fue a besarse con una pelirroja increíble... Yo... venía a ver cómo..., cómo está la señorita Sheila...

—Quiere usted mucho a esa familia, ¿verdad, Al? —sonrió Jerome.

—Sí, señor. ¿Puedo ver a la señorita Sheila?

—Precisamente yo iba a subir dentro de unos minutos para llevarle el desayuno..., con torrentes de fresco champaña. Ah, me alegro de verle, Al, porque tengo para usted una cosa que escribí esta madrugada.

—¿Para mí?

—Es sobre el asesinato de Melvin Selincourt.

—Ah, sí. He oído en la radio del coche que han detenido a los tres amigos aquéllos. Les felicito a todos ustedes... Gracias.

Tomó el sobre que le tendía Callaghan, titubeó, lo abrió y sacó un papel doblado en cuatro. Lo desdobló, Irwin se colocó junto a él, disimuladamente, lleno de curiosidad. En el papel ponía:

“AQUÍ, CALLAGHAN...

Amigos, esta vez no voy a hacer uno de mis grandes reportajes que tanto les gustan a ustedes. Es sobre el caso que podríamos titular TORRENTES DE FRESCO CHAMPAÑA. Podría decirles que los asesinos ya han sido detenidos, pero diría una mentira. El asesino anda suelto... El asesino es una persona que mató por amor: por amor puro y simple a unas personas buenas que siempre se habían portado bien con él, y sobre todo, por amor personal hacia una mujer y un gran cariño hacia su hija habida con otro matrimonio. El asesino, siempre amando a un imposible,

protegió hasta las últimas consecuencias a la mujer amada, a la hija de ésta, a toda la familia...

El asesino sabía que toda la familia terminaría muy mal, debido a los manejos de un nuevo miembro indeseado que hacía poco le había arrebatado, de nuevo, a la mujer amada: Melvin Selincourt, un gángster de guante blanco que podía arruinar las vidas de todos. Y decidió que esto no sucediese.

—Señor Selincourt: tiene usted una importantísima llamada telefónica en su despacho.

Y el señor Selincourt, naturalmente, creyó a quien le decía esto, y fue con él al despacho, donde había descolgado un auricular telefónico. Selincourt se sentó a su mesa, tomó el auricular..., y el asesino agarró la bailarina de bronce, tal como había preparado, y le partió la cabeza a conciencia al señor Selincourt. Luego, simplemente, volvió a sus obligaciones en la casa, porque había una bonita fiesta, y el asesino debía atenderla, ya que era el mayordomo.

Amigos, saludos de Jerome C. Callaghan “

Cecil Irwin miró el rostro de Al y lo vio blanco como la leche. Luego, miró el de Jerome, lleno de hematomas y esparadrapos por todas partes. El periodista hizo un simpático gesto de resignación.

—Son cosas que pasan. Para que luego digan que está muy manido eso de que el mayordomo es el asesino. Bueno, voy a subirle el desayuno a Sheila. ¿Quiere subir conmigo a verla, Al?

—Yo... Yo... —Al tragó saliva, y miró de reojo a Irwin—. Bueno, si realmente puedo subir antes de..., de pasar a disposición de...

Jerome miraba a Irwin, y éste a Jerome. Muy bien, la ley tenía ya a tres criminales auténticos, de éstos que siempre hacen mal a la humanidad. Negarían haber matado a Selincourt, pero podían negar tanto cuanto quisieran, ya que nadie les haría caso. Cecil Irwin tomó el escrito de Callaghan y lo hizo virutas. Al no entendía lo que ocurría, pero Jerome sí, naturalmente.

—Cecil, será mejor que esperes a la señorita Kervin en la piscina. La llamaré desde mi dormitorio. Al, oiga, usted que es mayordomo y tiene gracias para estas cosas, ¿no querría subirle la bandeja del desayuno a Sheila? ¡Apuesto a que lo hace mejor que yo!

—Lo dudo, señor Callaghan —resplandeció de pronto el rostro del mayordomo—, pero lo que usted me pida, yo lo hago. ¡Aunque sea tirarme desde lo alto de un rascacielos!

—Eso —sonrió Jerome Callaghan—, sería todo un desperdicio, querido Al. Ah, ¡y gracias por enviarme la invitación a la fiesta... para que descubriese todo el tinglado!

FIN

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO. EL CABELLO VUELVE A BROSTAR DE NUEVO. LA CALVICIE SUPERADA.

**EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARSHALL, RENOMBRADO
BIOLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.**



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marshall

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marshall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones

de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28-64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince días y, apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo."

(Continúa en la página siguiente.)



Antes del tratamiento



Al terminar el primer mes



Finalizado el tratamiento



"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona deseada."

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios."

"Y por último les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar como masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos sobre todo en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratando su precio para que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad."

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marshall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que vigoriza las raíces de los cabellos y estimu-

la activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realizar la belleza.

Aplique usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

¡NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras, Apartado de Correos nº 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas. Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas.

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras, Apartado de Correos nº 536, Santander (España)

Nombre

Apellidos

Calle

Nº

Piso

Población

D. Postal

Provincia

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025203

5 1 1 1 7



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España